

PUNTO-ACTO

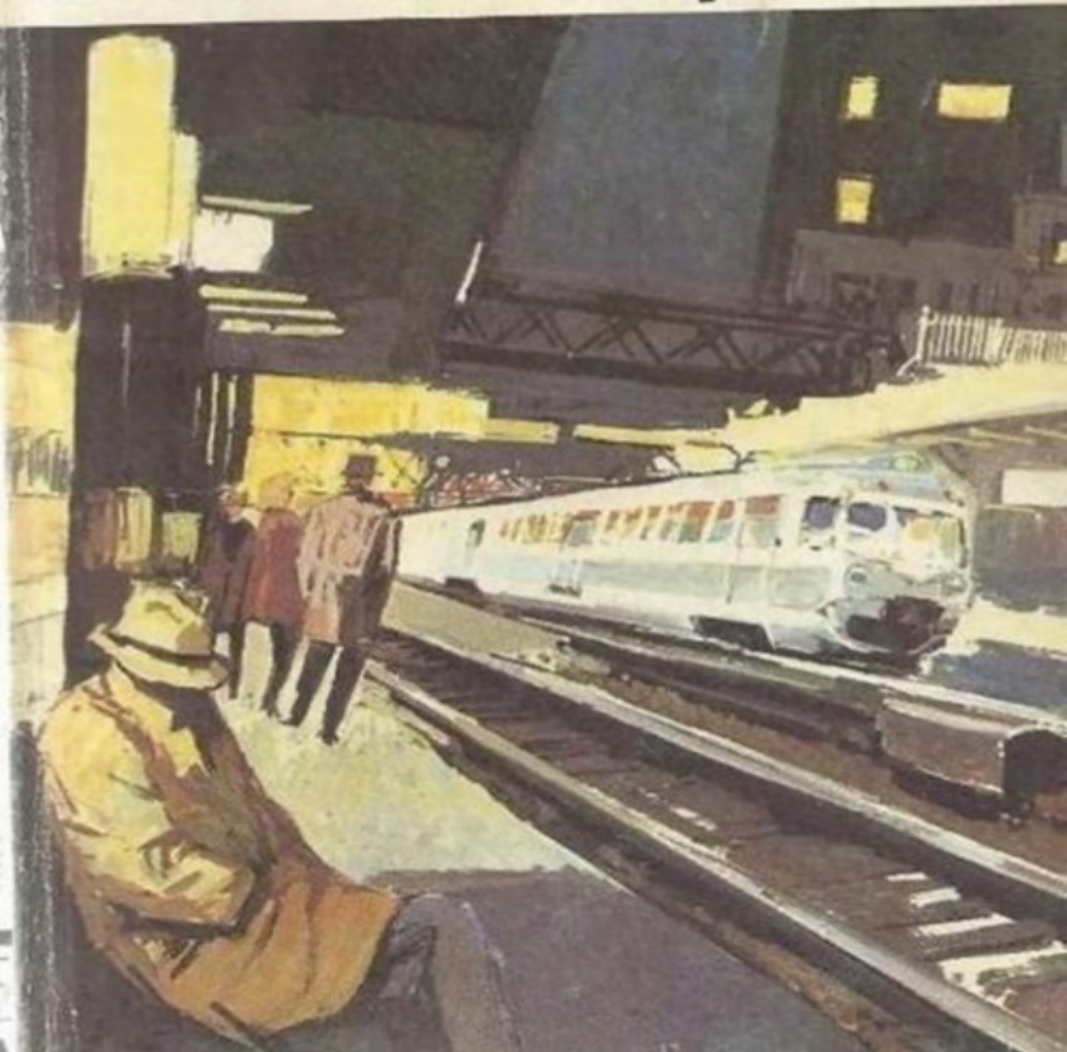
**BRUGUE
RA**

BOLSILIBROS

POLICIACO

PERIODISTA EN EL PARO

Ralph Barby



PERIODISTA EN EL PARO

RALPH BARBY



Colección
PUNTO ROJO n.º 1.118
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA — BOGOTA — BUENOS AIRES — CARACAS — MEXICO

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS
POR ESTA EDITORIAL

En Colección COLORADO

838 — La larga espera de la muera

En Colección KANSAS

734 — El comisario rebelde

En Colección CALIFORNIA:

881 — Buscando a un tramposo

En Colección BRAVO OESTE:

585 — Colt a sueldo fijo

En Colección SERVICIO SECRETO

1.705 — Un tipo cínico como yo

En Colección SALVAJE TEXAS:

1.418 — Piensa mal y acertarás

En Colección PUNTO ROJO:

1.074 — La convención de los borregos

En Colección ASES DEL OESTE:

647 — Los torturados de Nogán

En Colección BISONTE SERIE ROJA

1.351 — La matanza del paso de Trout-Creek

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

85 — Una bala para un Colt

ISBN 84-02-02520-X

Depósito legal: B. 29.157 1983

Impreso en España — Printed in Spain

1ª edición en España: octubre, 1983

1ª edición en América: abril. 1984

© Ralph Barby 1983 texto

© Desiló — 1983 cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de

Editorial Bruguera, S. A.

Parets del Vallés (N— 152, Km 21.650)

Barcelona 1983

CAPÍTULO PRIMERO

NO era un sádico, no le gustaba entrar en la Morgue.

Había visto realizar un par de autopsias con sus propios ojos, con su propio olfato, y había que ser de la profesión para resistirla

Tony Karpinsky se había puesto la bata azul de los médicos que practicaban las autopsias y pasó a la sala de disección como médico invitado, gracias a la amistad que le unía con el doctor Peter B. Aguirre.

—Es una pena, ¿verdad? —opinó en tono de pregunta, tras dar un vistazo al cuerpo femenino.

—Una infeliz drogata —dijo el patólogo, señalando con el bisturí los pinchazos y callosidades que el cadáver de la muchacha tenía en los pliegues del brazo y también en los muslos y en las manos.

—¿Sobredosis? —preguntó Tony Karpinsky.

—Es lo que habrá deducido la policía, pero habrá que esperar a la autopsia, siempre se pueden producir sorpresas.

—¿La vas a destripar toda? —preguntó Karpinsky, preocupado.

—Lo necesario. Hay que sacar muestras, estómago, intestinos, cerebro, pulmones, corazón...

—Creo que no podré resistirlo —confesó el periodista—, eso es como destruir a la Mona Lisa con unas tenazas.

—Peor —gruñó el médico—. La Mona Lisa es una gran obra, quién lo duda, pero una mujer joven como ésta es más obra de arte aún y no importa que puedan haber muchas como ella. Nada que nosotros podamos hacer, en ciencia o arte, puede superar a la sabia Naturaleza, por lo menos hoy día; no sé qué dirá el futuro.

Hundió el bisturí por encima del esternón y lo dirigió hacia el bajo vientre. El cuerpo femenino quedó así abierto, y no salió ni una gota de sangre.

—Como verás, Tony...

Se volvió y vio que el periodista se alejaba; no podía soportar más ver cómo troceaban a una muchacha que sólo horas antes había sido hermosa, con vida propia.

Ya dentro de su automóvil, Tony Karpinsky encendió un cigarrillo y chupó con fuerza, con tanta fuerza que consumió buena parte del mismo.

Se llenó los pulmones de humo de tabaco, intoxicó su olfato para

olvidar el olor a cadáver, a formol, a muerte. ¿Cómo podía oler tan mal una joven que horas antes debía haber atraído a los hombres como las flores a las abejas, como el pastel a la mosca, como la gacela al tigre?

Accionó la llave del contacto y se sumergió en la noche de la ciudad, farolas a derecha, a izquierda. En San Francisco de California los automóviles estaban obligados a tener potencia de motor para poder subir con ligereza las empinadas cuestas.

—Cochina vida, —masculló Tony Karpinsky.

Recordó a Evel, su joven esposa. Ella también había pasado por el frío mármol de las autopsias, el acero inoxidable, el agua, el formol, los análisis.

Qué hermosa era Evel, cuánto amaba la vida. La vio como reflejada en el cristal parabrisas, contempló su imagen como si la tuviera delante. Le sonreía abiertamente con sus labios generosos, con sus ojos grandes, sus largos cabellos rubios y lacios.

Un chirriante frenazo, seguido de un irritante claxonazo, le sacaron de su abstracción. Volvió a ver la calle, olvidó a Evel, su joven esposa muerta en el asfalto. Un testigo anónimo, que se había limitado a dar su información por teléfono, le contó que el coche asesino había perseguido a Evel hasta alcanzarla. No había sido un accidente si no un asesinato, la diversión de un maníaco nocturno a bordo de su automóvil.

Apartó el cigarrillo de entre sus labios y dijo a la noche misma

—Qué hijo puta eres.

Le había guardado fidelidad durante algo más de un año, había coitado con ella en sueños. La había amado recordando las veces que ambos se habían amado, había mojado la cama de esperma inútil al consumir el coito inútil, había mojado la almohada con las lágrimas de la soledad, lágrimas que nadie veía y que al día siguiente, cuando se levantaba, ni él mismo recordaba.

Cada vez que veía a una mujer hermosa sobre una losa de mármol de la Morgue, se acordaba de Evel, sentía náuseas, dolor y vacío en el estómago.

—¿Adónde voy? —se preguntó mentalmente.

Hundió más el acelerador y su coche roncó con fuerza. Era como un piloto de carreras rodando con desesperación hacia la victoria o hacia la muerte. Tony Karpinsky, quizá sólo hacia la muerte.

—Karpinsky, debería usted buscarse una chica o varias —le recomendó la asistente que limpiaba su apartamento.

—¿Ah, sí?

—No se haga el tonto. Es usted, ¿cómo diría? Muy potente, muy cojonudo, vamos. Él sonrió con algo de tristeza que la asistente no llegó a captar.

—Usted necesita un cuenco para no mojar tanto las sábanas. Tiene

que olvidar a su mujer; los muertos han de olvidarse y si no se olvidan, es malo, muy malo, se puede volver uno loco.

Había seguido el consejo de la asistente, buscó a chicas y fornicó con ellas, pero con frialdad, no quería ligarse a ninguna en forma fija y fue cambiando de panorama. Le era fácil, su profesión de periodista simplificaba mucho las cosas; era como tomar una cerveza, se destapa, se bebe su contenido, se arroja el casco y se olvida uno de ella.

El recuerdo de Evel le había incapacitado para amar en el más completo sentido de la palabra, pero no le impedía fornicar como un perro encelado.

Dejó el automóvil en el estacionamiento subterráneo y saludó al conserje con la mano, sin mirarle. Se metió en el ascensor y subió a la planta cuarta.

Penetró en su cabina de cristal que le aislaba en parte del tronar de las otras máquinas de escribir y tras peinarse los cabellos con los dedos, se enfrentó con su máquina.

Tenía que redactar su artículo de publicación diaria, aparte del reportaje que podía llevar en marcha para el dominical.

—Hijo puta —le dijo a la máquina de escribir.

Con dos dedos, comenzó a repiquetear. Recordó el cadáver, la Morgue, la tragedia de una muerte prematura, la belleza rota, el agusanado mundo... ¿Cuántas cosas más?

Había escrito un artículo de apenas dos folios. Los tomó y salió de su cabina de cristal cuando le abordó Connie.

Connie era periodista también, todavía novata, aunque prometía mucho. Alta, elástica en todos sus movimientos, ojos verdes y cabello negro. En la redacción, algunos la llamaban la pantera negra.

Sus andares eran felinos sensualmente felinos, pero ninguno de los redactores se había acostado con ella. Alguien que se propasó se había visto aterrizando en el suelo. Connie sabía karate y judo, no era ninguna campeona del tatami, no se había propuesto serlo, pero tenía los conocimientos suficientes para impedir que la sobasen.

—¿Vas a ver al ogro? —le preguntó ella, sonriéndole débilmente.

Tony Karpinsky tenía el cigarrillo en la comisura izquierda del labio, su gesto era algo ausente.

—Sí, ¿por qué?

—¿Puedo leerlo yo antes?

Karpinsky miró hacia el fondo de la planta de redacción; en la pecera del ogro había otros dos redactores.

—Si sólo son un par de minutos —le dijo, entregándole los folios y sentándose en el borde de una mesa. Allí sólo tenían cabina los reporteros importantes y Tony Karpinsky era importante en el *Star San Francisco Newspaper*.

Cuando terminó de leerlo, lo que hizo muy aprisa, los ojos verdes de la periodista observaron al compañero veterano por encima de las hojas.

—Es un poco sangrante, ¿no crees?

—¿No vomitas, querida?

—Deja a un lado tu sarcasmo con una colega y no lleses esto al ogro.

—Vaya, la novata dando lecciones al veterano.

—No eres tan veterano, apenas has cumplido los treinta.

—¿Has mirado mi ficha antropométrica?

—No seas cabrito, Tony, a mí no me asustas con tu forma de expresarte.

—¿Ah, no, quién te asusta a ti, guapa?

—El lobo feroz.

—¿Enseñándote los dientes u otra cosa?

—Si te empeñas en ser grosero... Tienes ojeras, como si hubieras bebido, y yo sé que tú no eres de los que ahogan sus depresiones en alcohol.

—¿Además eres psiquiatra? —se burló.

—Hazme caso. Tony, no lleses esto al ogro. El vaso ya está lleno.

—Será porque alguien se ha meado dentro.

Con aquellas palabras que deseaban hacer daño, le dio la espalda y se dirigió a la pecera del ogro.

Tony Karpinsky tenía fama de exitoso con las mujeres, pero Connie sabía que con ella nunca había intentado nada. Le había comentado, con un cínico sarcasmo, que estaba ya de vuelta de todo, pero nada más.

La mirada del jefe de redacción ya no presagiaba nada bueno.

Tony Karpinsky y Norman H. Dereck, ahora jefe de redacción del *Star San Francisco Newspaper*, se conocían desde hacía mucho tiempo. Tony había llegado al periódico cargado de inexperiencia e ilusiones y Norman H. Dereck era ya un veterano en el que el joven periodista se había mirado para tomar ejemplo. Habían comido muchas veces juntos, habían sufrido juntos y también habían saboreado junto el placer del trabajo bien hecho, pero en los últimos tiempos. Norman H. Dereck y Tony Karpinsky habían tenido varias «colisiones», habían discutido fuerte.

—Toma, mi trabajo de esta noche. Ando metido en un reportaje que para mí es más importante —te dijo Tony, dejándose caer en la butaca.

Norman H. Dereck no respondió, tomó los dos folios y comenzó a leer mientras Tony Karpinsky fumaba lo que le restaba de cigarrillo y terminaba por aplastarlo en el cenicero. Aguardó, miró el rostro de Norman H. Dereck, pero éste tenía cara de póquer, no obstante, Tony sabía que las cosas no iban bien y no podía decirse que el *Star San Francisco* hubiera bajado de tiraje, seguía con sus lectores habituales.

—No me gusta —dijo como conclusión. Lo dobló y lo puso sobre la mesa, al alcance del periodista.

—¿Así de simple?

—Ve a caja y que te den la liquidación.

Tony Karpinsky había imaginado que algún día llegaría para él lo que le estaba ocurriendo, aunque siempre se había dicho que para entonces se marcharía a otro periódico de tirada interestatal. Palideció, era como si acabaran de comunicarle la muerte de un amigo.

—¿Cómo dices?

—No es nada personal, Tony. Estar sentado donde yo estoy, a veces resulta tan desagradable como sentarse en la silla eléctrica.

—Me parece que el electrocutado soy yo en esta ocasión.

—Te pedí que cambiaras, te lo he repetido en varias ocasiones. Esta no es la línea que los de «arriba» quieren para el *Star San Francisco*.

—¿Por qué me echas, Dereck?

—En varias ocasiones, desde el «nido» me has pedido que te cesara.

Cuando se hablaba del «nido» en la redacción, aludían a la cúpula del edificio donde se reunía el consejo de administración del periódico.

—Y tú les pediste siempre que no me echaran.

—Me lo has puesto muy difícil, Tony. Hoy, por este aparato —señaló el teléfono interior— me han ordenado tu defenestración. Estoy seguro de que eres un gran periodista, o por lo menos lo serás, pero estás pasando un bache del que no quieres salir.

—No me hagas llorar. Queréis llevar este periódico por una línea muelle y edulcorada, sin comprometeros en absoluto. Cuando sacas el látigo de la denuncia, los de «arriba» se asustan porque nuestros lectores matinales deben tomar su desayuno con mucho azúcar o sacarina y no es bueno que se les asusten los estómagos para que no tengan acidez. Está bien, ya era hora de abandonar esta «huesera» e irse a otro lado. El mundo no se acaba en el *Star San Francisco*.

Salíó de la pecera del ogro dando un portazo y sin que Norman H. Dereck dijera nada más.

Fue hacia su cabina de cristal y cuando recogía sus enseres particulares, apareció en la puerta la hermosa figura de Connie.

—¿Cómo ha ido?

—Magnífico, te puedo invitar a cenar.

—¿Ah, sí?

—Sí, voy a cobrar ahora mismo en caja.

—¿Paga extra?

—No, mi liquidación. Soy hombre muerto en este santo lugar, ya no tengo huesos que roer aquí. ¿Qué te parece cenar en el restaurante macrobiótico, o prefieres un restaurante más íntimo y con violines

románticos, como en los años cuarenta?

—Donde tú quieras, pero con una condición. Tony levantó su diestra.

—Palabra que no te voy a pedir que nos acostemos.

—Sólo iba a pedirte que cada cual pagara lo suyo.

—¿Crees que porque me han dado la patada y estoy sin empleo he caído en la miseria vergonzante? Te diré que a Tony Karpinsky se le conoce en todas las redacciones y antes de cenar mañana por la noche ya tendré una mesa de redacción en otro periódico donde se me dará más libertad que aquí.

—Te darán libertad siempre que sigas la línea del periódico que te pague. La libertad completa de expresión es una utopía, tú lo sabes mejor que yo. Los que dicen que se expresan con absoluta libertad con los que su pensamiento coincide con lo que desean los que le pagan, se trata de una coincidencia, nada más.

—Tienes razón —admitió Tony Karpinsky—. Cuando te palmean la espalda felicitándote das un giro de ciento ochenta grados a lo que dices y se acabó la libertad de expresión. Esto es una mierda, Connie, y hay que vivir dentro de ella, pisoteándola.

—Tampoco hay que mirar el mundo con ojos tan pesimistas.

—Mientras a uno no le sucede nada importante, vive alegremente y consume según los índices de publicidad, cree que todo es bueno hasta que recibe un zarpazo; entonces se da cuenta de que estamos rodeados de bestias. —Sonrió de pronto—. Me temo que lo estoy haciendo muy mal si se supone que estoy invitando a una chica hermosa a cenar, una chica que promete mucho en el periodismo.

Se acercó a ella, posó su zurda sobre la mejilla derecha de la joven y la besó en la otra mejilla. Connie no se apartó, no le rechazó, no había deseo de avasallar por parte del hombre.

Dentro de la redacción seguían tronando las máquinas de escribir y los teletipos como si nada ocurriera, pero Tony Karpinsky ya no escribiría más en el *Star San Francisco Newspaper*.

Capítulo II

BOB Iberson había mascado el *sandwich* de hamburguesa de cebolla con abundante mostaza, lo que le había obligado a pedir de antemano una pinta doble de cerveza, como si rumiase, mascando lenta y monótonamente cada bocado.

Aquel emparedado no era un placer de dioses, era lo que había comido en muchas ocasiones en *snacks* y hamburgueserías, en los McDonald de turno. El prefería un restaurante italiano, francés, español o incluso chino que no fuera grande y resultara silencioso y acogedor. ¿Sería de tanto comer *sandwiches* por lo que bullía aquel infierno dentro de su estómago? Siempre llevaba consigo cápsulas de enzimas digestivas que alternaba con el simple, económico y socorrido bicarbonato.

Engulló lo que había estado mascando hasta la saciedad, como si se tratara de cuero correoso. Alargó su mano sin mirar,— asíó la jarra de cerveza y tragó una buena cantidad de líquido dorado a temperatura normal, como a él le gustaba, quizá por su ascendencia irlandesa.

Se metió en la boca, que podía calificarse de grande, casi de batracia lo que quedaba del emparedado y volvió a mascar como rumiando, como si estuviera haciendo una previa digestión inconsciente.

El hombre del gorrito blanco le observaba de reojo; aparte de Iberson, en el establecimiento sólo quedaba una pareja, hombre y mujer, que parecían hablar en alemán. Inclínaban mucho las cabezas el uno hacia el otro y la otra, hacia el uno, pero no llegaron a besarse.

—¿Quiere algo más?

—Oh, no, no está muy bueno —respondió sin llegar a tragar, por lo que sus palabras salieron algo distorsionadas.

Tragó, bebió cerveza y miró la hora. Como si de pronto hubiera cobrado nuevas energías y dejando a un lado sus largas meditaciones tras tomar una súbita decisión, puso dos dólares sobre el mostrador y pidió:

—¿Me da unos níqueles? Voy a llamar por teléfono.

El hombre del gorrito blanco asintió con la cabeza y le entregó el cambio. Bob Iberson recogió las monedas, todas menos una que dejó para el mozo que le había servido y se pegó al aparato tras consultar una pequeña agenda que llevaba consigo.

—¿*San Francisco Newspaper*?

—Sí, ¿qué desea?

—Quiero hablar con Karpinsky, Tony Karpinsky, periodista.

—Un momento. —Salió otra voz de chica que le dijo—: No está.

—¿No está, y dónde puedo encontrarlo? Es urgente.

Bob Iberson apretó su gran boca, contrariado. Le había costado mucho tomar su decisión y al final, Tony Karpinsky no estaba. Dónde diablos se habría metido, ¿en la cama con alguna chica? Volvió a mirar su reloj, eran las doce y veinte de la noche, muy tarde ya. Sólo los imbéciles como él seguían trabajando a aquellas horas de la madrugada.

—¿Dónde puedo encontrarlo? —insistió.

—Un momento, a lo mejor está en la cafetería.

Bob Iberson, aguantó la llamada, metió dos níqueles más y escuchó un rumo— de tazas.

—¿Quién llama?

—¿Está Tony Karpinsky? Es urgente.

—Un momento... ¡Karpinsky! —El hombre que le respondía por el teléfono bajó la voz para decirle—: Ahora se pone.

Escuchó ruidos, supuso que acababan de dejar el auricular sobre una superficie. Al poco identificó la voz del periodista, un tanto desanimada.

—¿Karpinsky?

—Sí, ¿de qué burdel llamas?

—Karpinsky, no es ninguna broma, soy Iberson.

—¿Qué sucede, Bob? te aprietan los zapatos o la parienta no te da el biberón.

—El biberón se lo doy yo a la parienta, imbécil. Ahora escúchame, tengo una noticia pero sería anónima, ya me entiendes, yo no quedaría complicado en nada.

—¿Asunto profesional?

—Más o menos.

—¿De primera plana o de cuarta?

—Tony, te interesa, pero yo quiero veinte mil dólares. El periodista silbó, admirativo.

—¿Te has vuelto loco? Una noticia buena, a lo sumo vale quinientos.

—Para ti ésta vale veinte mil.

—Oye, Bob, ¿cuánto whisky has bebido?

—Una cerveza con una hamburguesa con cebolla y mostaza.

—¿Tanto efecto hace eso? —rezongó Tony, sarcástico.

—Es un asunto que te interesa, Tony. No soy codicioso, pero creo que pagarás a gusto ese dinero.

—Un momento, un momento. ¿De qué se trata?

—Pásate mañana por mi apartamento. Bueno, no, por mi apartamento, no, a las cinco de la tarde en El Mestizo, ahora tengo

mucha prisa.

—Eh, espera... —pudo oír Bob Iberson, pero éste colgó, era cierto que tenía prisa, había estado atento a su reloj.

Salió del establecimiento y subió a su coche. Metió la llave en la guantera y apareció un teléfono móvil. Pulsó un botón y comenzó a sonar una cassette con las llamadas recibidas en su ausencia

—Bob, te estoy esperando frente a Hunting. Si te retrasas, te corto el cuello. Tengo una cita con una rubia que ya me está calentando la cama —dijo una voz grave, de tono socarrón.

Detuvo la cassette, cerró el teléfono y salió del estacionamiento. Circular por la noche era fácil, apenas había tráfico. Muchas calles estaban completamente solitarias, pero había que tener cuidado para no caer en una encerrona. Podía surgir un coche de la oscuridad, cortar el paso y antes de que pudiera dar marcha atrás, se vería encañonado por atracadores nocturnos. Sin embargo, Bob Iberson llevaba pistola y sabía cómo usarla.

No tuvo problemas. Llegó frente al *night club* Hunting y buscó con la mirada, no tardando en descubrir el Mercury verde metalizado de su compañero. Se puso a su altura y se detuvo. Ambos bajaron los cristales de sus respectivas ventanillas.

—¿Dónde está el boy?

—Dentro.

—¿Va solo?

—Al entrar, sí; a la salida, tú verás.

—De acuerdo, vacía el hueco y lárgate con tu rubia. Jefferson bostezó antes de decir

—Es el trabajo más fácil que hemos tenido en mucho tiempo.

—Porque te largas con tu rubia. Además, con los trabajos nunca se sabe hasta que terminan.

—Bah, esta noche con el pinchadiscos andan un poco pesados. Lo divertido son esas chicas que llaman a las estaciones de radio para explicar lo que harían con el «bolígrafo» si lo tuvieran entre los dientes.

Bob Iberson puso la marcha atrás. Dejó la salida libre a su compañero y éste salió del estacionamiento. Se incrustó en el mismo hueco y se dispuso a esperar.

De cuando en cuando lanzaba una mirada hacia el *night club* que tenía su nombre en neón rojo. Tampoco era muy grande el rótulo ni se veía conserje alguno en aquellos momentos, nadie pasaba por delante.

Bob Iberson tenía que permanecer atento porque ignoraba si su vigilado saldría al concluir el espectáculo, al cierre del mismo o antes. Sabía que un deportivo amarillo era el de su vigilado, b tenía a la vista, un coche caro que no estaba al alcance de un salario normal y corriente.

Un ligero ruido le sobresaltó. Se volvió hacia la ventanilla y quedó

encarado con un perro de lanas negro, de tamaño grande. El animal se había alzado de patas, apoyándose contra el cristal, y a través del mismo le miraba inquisitivo.

—Vamos, chucho, lárgate —le ordenó, molesto por la intromisión.

Al perro no le gustó que le echaran con cajas destempladas y le ladró, fueron ladridos sueltos, ladridos de protesta, pero no agresivos; eran ladridos de afirmación de identidad.

—¡Largo, largo!

El animal volvió a ladrarle y trató de arañar el cristal sin conseguirlo. Sus uñas, casi romas, resbalaron por la luneta.

—Maldito seas, vas a ponerme en evidencia...

Abrió la portezuela y el animal se coló dentro del coche, sentándose en el asiento junto a él.

—Vaya, ¿ya te has colocado? Eso te lo has creído tú, no eres más que un chucho vagabundo, sin pedigrí ni nada.

Como si quisiera hacerse perdonar su baja condición social, el animal inclinó la cabeza y le lamió la mano con fruición, posiblemente porque aún debía oler a hamburguesa.

—Basta, basta, debes tener más hambre que un inmigrado sin empleo, y además clandestino.

De la bolsa de la portezuela sacó una chocolatina larga y le fue quitando el papel de aluminio. El animal comenzó a soltar babas, aumentando la fuerza de su respiración.

—Toma, es para ti, yo ya he comido, pero no te hagas ilusiones, no voy a mantenerte y menos con chucherías.

El animal tragó la chocolatina casi sin masticarla y luego miró al investigador privado; a éste le pareció que le miraba sonriente.

—Pues sí que la he hecho buena, me pareces más pegajoso que la cola impacto.

El perro, instalado como un pasajero más, miraba ora a través de los cristales, ora al investigador privado.

Observando por encima de la cabeza del animal, descubrió la figura de un joven que abandonaba el club nocturno.

—Es él —exclamó Bob Iberson—, agáchate.

El perro no le hizo caso y Bob Iberson vigiló al hombre alto, joven y fornido, quizá con algo de exceso de peso, que parecía iba a dirigirse hacia el deportivo amarillo, pero se detuvo junto a otro coche oscuro, un Ford de hacía cuatro años. Abrió la portezuela con facilidad, por lo que cabía suponer que llevaba llave, y lo puso en marcha.

—Hola, hola, esto empieza a ponerse divertido. Chucho, si tienes miedo a la velocidad, ve colocándote el cinturón de seguridad.

El animal le miró y lanzó un ladrido quejoso, algo agudo.

—Maldita sea, cállate o te amordazo.

El Ford arrancó dando un fuerte acelerón, su piloto parecía conducir con cierta brusquedad.

Bob Iberson puso en marcha su coche y salió del estacionamiento siguiendo al Ford a considerable distancia, lo que podía hacer bien debido a que apenas circulaba nadie más. Apagó las luces y pensó que si le descubría algún patrullero iba a tener muchos problemas.

El joven vigilado circulaba rápido, con fuertes acelerones.

—Ese se cree que es un Fittipaldi —gruñó Bob Iberson.

Lo que no había visto bien es que el joven se había calzado guantes de piel negra, se había encasquetado una gorra de plato y calado unas gafas que no le ayudarían precisamente a ver en la noche, pues debían servir para proteger los ojos del sol más riguroso.

Bob Iberson conducía bien, aunque no era amigo de la velocidad, los años comenzaban a pesarle. Se daba cuenta de que la profesión era demasiado dura para continuar en ella por muchos años más, máxime teniendo que soportar las vigilancias nocturnas. Nunca había destacado como investigador privado. Sólo en una ocasión, de ello hacía muchos años, había tenido su propio despacho, con el rótulo de independiente. Fracasó y tuvo que asalariarse en otras agencias de investigadores, pasando por varias de ellas.

Su perseguido pareció descubrir algo y encendió las luces largas.

A mucha distancia frenando también como su perseguido, Bob Iberson pudo ver a una mujer que caminaba por la acera. Llevaba un bolso en la mano y volvió la cabeza hacia el coche que la cegaba con sus faros.

El coche subió a la acera y se abalanzó contra ella tratando de sorprenderla, cegada como estaba, pero la mujer saltó hacia la calzada esquivando la embestida. Lanzó un grito que el ruido del coche atacante no le dejó oír a Bob Iberson.

El vehículo asesino descendió a la calle, insistiendo en arrollar a la mujer, que comprendió que iba a ser cazada por la máquina rodante.

El coche se vio obligado a subir de nuevo a la acera mientras chirriaba, roncaba y la mujer gritaba pidiendo auxilio; ambos hacían eses. El automóvil Ford arrancó de cuajo dos arbolitos y un poste metálico de señalización, lo que produjo un gran escándalo.

—Hijo puta, la vas a matar —rugió Bob Iberson.

Aceleró, colocándose junto al otro coche y embistiéndolo de costado para impedir que aplastara a la mujer, que había quedado acorralada contra la pared.

Un acelerón más y el parachoques le partiría las piernas, su cuerpo caería hacia adelante y luego arremetería de nuevo, aplastándole totalmente; pero Bob Iberson había intervenido a tiempo, desviando al Ford mientras tocaba el claxon furiosamente.

Había enrojecido de rabia al verse obligado a intervenir ante aquel brutal ataque. Otro compañero quizá se habría limitado a observar a distancia y a pasar desapercibido, diciéndose que, después de todo, aquella mujer no sería más que una zorra de la noche.

Abrió la luna del cristal de la portezuela mientras el perro ladraba tras él, y gritó:

—¿Te has vuelto loco?

El sujeto de la gorra de plato, las gafas y los guantes, se volvió hacia él armado con una pistola y comenzó a disparar.

Bob Iberson vio los fogonazos al tiempo que sentía un vivo dolor, no sabía en qué parte del cuerpo. Vio más fogonazos y ya no sintió nada. Para sus ojos se hizo la oscuridad eterna.

Capítulo III

TONY Karpinsky fumaba un grueso cigarro y parecía que sus ojos se habían helado, no parpadeaba. John Hermann le miraba desde su butaca, al otro lado de la inmensa mesa escritorio, repleta de papeles y recortes de periódicos y revistas.

—Has tomado una grave decisión en estos momentos, Tony —le dijo el director del periódico *Yellow Post*.

A Tony Karpinsky, el que su interlocutor ni siquiera sonriera, le pareció un mal presagio.

—Bueno, no pretendo quitarle el puesto a nadie, me conformaré con ser uno más en la redacción. Será el tiempo quien se encargue de hacerme destacar.

John Hermann ni siquiera sonrió.

—Estamos en momentos difíciles, no hay oferta y demanda; bueno, aquí tenemos cola de jóvenes recién salidos de las universidades. Vienen especializados por temas.

—Yo no soy joven.

—Sí, sí, claro, y vales mucho, eso no te lo niega nadie. De no haber sido tú quién eres, ni siquiera te habría recibido, tengo un filtro-control para que no lleguen a mi despacho los que buscan una plaza de trabajo en este periódico. Hay más paro del que deseamos y eso que en nuestro país no alcanzamos las cotas de otras naciones europeas, lo digo hablando de países avanzados.

—¿Quieres decir que no me das una plaza de redactor en el *Yellow Post*? —inquirió, con rostro de extrañeza.

—En estos momentos, te recomiendo que te hagas *free-lance*. Si encuentras un buen reportaje, lo traes aquí o a otro periódico o revista y podrás ganar más dinero. Serás independiente y en la venta, tu nombre pesará. Eso es, cuando tengas un buen reportaje, te lo traes, quizá nos interese. Ahora vas a disculparme, pero aquí sobre la mesa tengo un follón de papeles y ya no sé ni por dónde empezar.

—Oh, sí, claro. Cuando tenga un buen reportaje pasaré a verte, espero. Abandonó el despacho del director encogiéndose de hombros.

Saludó a algunos colegas a su paso por la redacción; los conocía de haber participado en los mismos problemas, buscando siempre la noticia

Dentro de su automóvil aguardaba Connie, leyendo un periódico por

deformación profesional.

—¿Cómo ha ido?

—Es el tercero que visito esta mañana y todos me recomiendan que me haga *free-lance*, que es lo mismo que pedirme que me largue. Soy un periodista en el paro.

—Te veo desanimado. ¿Vas a tirar la toalla?

—En cierto modo, sí —dijo, poniéndose al volante y dándole a la llave de contacto para abandonar el estacionamiento.

—¿Vas a hacer de *free-lance* o te largarás de la ciudad?

—No lo sé, ya me estoy cabreando. Tengo la impresión de que se han confabulado para joderme.

—No es posible, has visitado a varios periódicos rivales.

—Sí, pero cuando es necesario se conchaban entre ellos, eso no es nuevo. Son rivales sólo de cara a la galería, tienen intereses compartidos.

—¿Tan importante te crees?

—Sería demasiada arrogancia por mi parte decir que sí. ¿Has oído hablar de las «listas negras»?

—Sí, ¿cómo no? Pero aseguran que son un cuento, que no existen.

—Yo sí creo en ellas. El que a uno le despidan o le fastidien en los negocios y no le dejen levantar cabeza tiene una razón de ser; no se lo hacen a todo el mundo, eso tampoco es cierto, hay mala suerte para muchos, pero en ocasiones, alguien es incluido en una «lista negra».

—¿Y por qué no prefieres pensar que no son tus días de suerte? ¿Has oído hablar de los horóscopos y de los biorritmos?

Sonrió.

—Preferiría pensar en la mala suerte —musitó, mientras el automóvil sorteaba a otros con facilidad. Manejaba el coche hábilmente.

—Algo no funciona bien. No me irán mal unas vacaciones, hasta ahora siempre he trabajado para un periódico. Probaré la vida perra de los *free-lance*, hoy trabajo, mañana también y no sé cuándo cobraré.

—Tú eres listo y no eres ningún novato en la profesión. Conoces muchos trucos y debes tener una agenda hinchada de direcciones de los lugares donde se reúnen personajes de todas clases y hasta debes saber cuál es la propina o el soborno adecuado para los tipos que te pueden abrir puertas interesantes.

—Sí todo eso que has dicho es lo que hace a un periodista. Encontrar un buen suceso y desarrollarlo, no basta, es el triunfo de un periodista dentro de la historieta de una película. La verdad es más dura, más penosa, es quemar teléfonos haciendo mil llamadas, es hacer antesalas, patear la ciudad, fracasar en muchas entrevistas. Lo malo es que si todo eso sirve para sentarse en la pecera del ogro, quizá no vale la pena.

—Yo creo que sí —dijo Connie.

Dejó a la joven periodista frente el *Star San Francisco Newspaper*.

Tony Karpinsky paseó su mirada por la fachada del edificio. En la cúpula se reunía el consejo de administración y allí tenía su lujoso despacho Henry L. Remington, nieto del fundador, accionista mayoritario y también el espíritu del periódico aunque no escribiera en él, pese a que había comenzado como periodista, se lo había impuesto su padre para que supiera bien lo que era un periódico.

Henry L. Remington tenía dos hijos; uno de ellos se había hecho aviador militar, llegando al grado de mayor pese a su juventud. Esto no había gustado demasiado a Henry

L. Remington, quien hubiera preferido que sus hijos siguieran la tradición familiar, pues el otro había estado en algunas ocasiones en la redacción y en los talleres, pero sin modestia, consciente de que su padre era el accionista mayoritario.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Connie.

—Como si me hubieran extirpado el estómago, tengo una extraña sensación de vacío. Hace muchos años que he dejado mis sudores, mis quebraderos de cabeza y mis ilusiones dentro de ese edificio. Sabía que llegada un día que tendría que dejarlo y ahora, de pronto, ha ocurrido.

—¿No lo intuías, de veras? —se asombró la joven.

—Pues no, no me daba cuenta. He de admitir que el ogro ya me había amenazado, pero no creí que se atreviera a darme la patada.

—Es un empleado más y tiene que limitarse a cumplir órdenes.

—Quizá tengas razón. Debo estar resentido y eso no es bueno. Soy un periodista en el paro y voy a optar por hacer de *free-lance*, no iré más a suplicar un empleo en una redacción. Cuando encuentre algo bueno, lo venderé; si no lo compran, buscaré otro reportaje y si se me ponen las cosas difíciles, me iré a otra parte.

—No te desanimes. Tony, tú vales. Tus problemas no pueden durar mucho tiempo.

Vio alejarse a la joven periodista, pudo contemplar su elástica y hermosa figura de espaldas. Tony Karpinsky sabía que Connie tenía ideas feministas y que por ello entraba en colisión con otros compañeros.

Con él no había tenido ningún problema, entre otras cosas porque no la había acosado, no le había puesto cerco como otros sí habían hecho, y era natural debido al fuerte atractivo femenino y sensual que irradiaba Connie, no sólo en su figura sino también en su trato, y no es que provocara intencionadamente, pero sus ojos, su boca, sus pechos —que no se resignaban a pasar desapercibidos—, su estrecha cintura y la redondez prieta y justa de sus nalgas, atraían poderosamente.

Los «ligues» de Tony Karpinsky habían tenido lugar fuera del periódico, y en ninguno de ellos había puesto más interés que el

momentáneo.

Se dirigió a El Mestizo y allí esperó la llegada de Bob Iberson, pero éste no acudió. Mientras, leyó periódicos, devoraba cuantos caían en sus manos, interesándose por lo que decían sus colegas.

BOB IBERSON, INVESTIGADOR PRIVADO, FUE
MUERTO AYER NOCHE EN LA AVENIDA MILLER

Antes de acabar de leer la noticia se precipitó hacia el teléfono y llamó a la Morgue. Allí, pidió por el doctor Aguirre.

—Hola. Karpinsky —le saludó el médico.

—Oye, ¿tenéis un cadáver llamado Bob Iberson?

—Pues no conozco los nombres de la última remesa de cadáveres que nos ha llegado.

—Es un investigador privado, recibió varios tiros.

—Ah, sí, es un hombre mayor, cerca de los sesenta años. Tiene cuatro impactos de bala, tres en la cara y el cuarto en el nacimiento del cuello. Afecta la tráquea y el...

—Para, para. ¿Sólo tiros?

—Sí.

—¿Tienen aleo especial las balas?

—Se las ha llevado la policía, pero son del calibre treinta y ocho, si eso te interesa.

—¿Una «Browning»?

—Probablemente.

—Oye, y la chica de la droga, aquella que yo vi, ¿fue sobredosis?

—Me tiras demasiado de la lengua, al final tendré problemas —se quejó el patólogo.

—¿Sobredosis, sí o no?

—No, septicemia virulenta.

—¿Infección por «picadas»?

—Te voy a decir algo que no te daré oportunidad de confirmar.

—Adelante.

—La chica tenía un sorprendente descenso de defensas.

—¿Supresión de inmunidad?

—Sí.

—¿Enfermedad «gay»?

—Probablemente.

—¿Cómo puede ser? Es una chica, ¿no?

—Sí, y no era hemofílica. Ya sabes que los hemofílicos son susceptibles de contagiarse de la enfermedad A.I.D., vulgarmente

conocida como enfermedad «gay».

—No lo sabía, pero ahora ya lo sé.

—La enfermedad «gay» la contrae una mujer de cada diez hombres.

—Entonces, es minoritaria entre las mujeres.

—Si una chica convive sexualmente con un hombre bisexual que la tenga, corre peligro de coger esa enfermedad de inmunidad supresora adquirida.

—Pero de eso no se muere, ¿verdad?

—No exactamente de la enfermedad.

—Entonces, ¿se enferma debido a la pérdida de la propia inmunidad?

—Así es. Plaquetas, linfocitos, todo baja y no hay defensas para cualquier virus o bacteria que ataque. Una infección sin importancia en un ser humano normal, puede resultar funesta para alguien que sufra la enfermedad «gay», infección que puede contraerse por vía oral, a través de alguna herida o una simple aguja hipodérmica infectada.

—Gracias, Aguirre. Oye, aguarda, ¿hay algo importante respecto al investigador privado?

—Un perro.

—¿Un perro?

—Sí, está en la puerta. Si no se va, se lo acabará llevando la recogida pública de animales vagabundos.

—¿Qué tiene que ver ese perro con el detective muerto?

—No sé, debía ser suyo, porque le ha seguido hasta aquí y se ha quedado en la puerta, aunque no creo que sea para esperar a que salga su amo, porque saben muy bien cuando alguien ha muerto.

Tony Karpinsky colgó el teléfono. Tenía la necesidad imperiosa de constatar si Bob Iberson era el hombre del que acababan de hablarle. Por propia experiencia, sabía que había que contrastar las noticias porque podían llegar a ser equívocas o peor aún, falsas. En poco más de veinte minutos llegó a la Morgue. Entró en ella y fue directamente a buscar a su amigo el doctor Aguirre.

—¿Lo conocías?

—Sí.

—Unos balazos disparados a corta distancia y en pleno rostro suelen desfigurar la cara. No es agradable verle.

—Lo supongo.

Escuchó un gemido que parecía el vagido de un bebé.

—Vaya, el perro se he colado. Está prohibido que haya perros aquí —gruñó el patólogo.

Tony Karpinsky caminó junto al médico y encontraron al perro frente a una puerta. El animal les miró algo asustado.

—Es un perro de lanas grande, parece algo descuidado —observó Karpinsky.

—Tendré que llamar a los funcionarios para que lo recojan, lo siento por él.

—Lo eliminarán, ¿verdad?

—Sí, hay un plazo para ser adoptado, pero es corto.

—Ven aquí, ven aquí —le pidió el periodista, bajando su mano.

El animal volvió a quejarse con aquella especie de gemido, pero se acercó a Tony Karpinsky y le lamió la mano.

—Vaya, es cariñoso — opinó Tony.

—Sí, lo es, pero abandonado, un perro amarrón del asfalto.

—¿Seguro que era de Bob Iberson?

—Por lo menos, vino tras él.

—¿Podríamos comprobarlo?

—¿Cómo?

—Dejándolo pasar adentro para que lo reconozca.

—No, no, eso está prohibido.

—No me dirás que tienes miedo de que le contagie las pulgas a un cadáver —rezongó, sarcástico.

—Si lo ve alguien tendremos problemas.

—Vamos a arriesgarnos. ¿Cómo se llama?

—¿Quién lo sabe?

—Es curioso con que facilidad te cobran cariño estos animales. El médico, más receloso, objetó:

—Sobre todo cuando están abandonados y buscan un amo. Los perros son tremendamente ladinos, se hacen querer enseguida. Si se lo pidieras, hasta te traería las zapatillas, pero luego reclamaría su derecho a golpear la noche de la ciudad.

—Y estaría en su derecho, ¿no? Vamos, vamos.

El doctor fue prácticamente llevado hacia el interior de la Morgue aún en contra de su voluntad. La presencia del perro allí parecía casi una profanación.

Abrieron el cajón frigorífico y, tras levantar una sábana helada, apareció el rostro de Bob Iberson, agujereado por tres balas.

El perro se irguió sobre sus patas traseras y gimió más fuerte. Alargó una pata como queriendo tocar el cadáver, pero Tony Karpinsky se lo impidió, cogiéndosela.

—No cabe duda, lo identifica.

—¿Y tú?

—Sí, es el investigador privado que yo conocía.

—¿Su muerte te importa mucho? Me refiero dejando de lado el valor humano.

—Hoy mismo tenía una cita con él.

—¿Se lo has dicho a la policía?

—No, no he visto a ningún policía. ¿Quién lleva este caso?

—El teniente McCougar.

—Le conozco bien, es un tipo duro. ¿Se sabe algo?

—No.

Después de ver el cadáver, el perro volvió a gemir. Al cerrar el cajón dentro del frigorífico, el animal miró a Tony Karpinsky y le siguió.

—Creo que ya tienes perro —le dijo el médico, algo burlón. Ya en la calle, Tony miró el animal y le preguntó:

—¿Desde cuándo estabas con Bob?

El perro le miró con sus ojos color miel y luego bajó la cabeza. Dio un bostezo, como no dando importancia a la pregunta.

Tony Karpinsky abrió su coche y al perro le faltó tiempo para subir e instalarse en el asiento junto al conductor. Abrió mucho la boca y dejó colgar su lengua rosada como si estuviera algo excitado.

—Te gusta viajar en coche, ¿eh? Pues, ya verás.

Aceleró hasta introducirse en un parking subterráneo. Salieron de él y poco después el perro se puso inquieto al encontrarse dentro de la Animal-Shop, un comercio que vendía todo tipo de bichos de compañía. Dos chicas y un hombre vestidos con batas blancas salieron a su encuentro. Hubieran preferido que Tony Karpinsky entrara sin la compañía de un perro para salir con un cachorro.

—¿Desea comida para el perro?

—Sí, pero antes quiero que lo laven y lo desparasiten.

—¿Y corte de pelo?

—No, no le corten el pelo, creo que perdería su personalidad.

—Lo que usted diga —le respondieron, mirando al perro con cierto asco mezclado de pena.

Tony Karpinsky no entendía demasiado de razas de perros; lógicamente, no confundía un chihuahua con un San Bernardo, pero entre las múltiples razas de perros de lanas no llegaba a diferenciarlos.

Prefirió no preguntar; el animal no era un caniche, no era un afgano, tampoco un terrier ni nada que se le pareciera. Eso sí, tenía mucho pelo y negro, y éste era más bien duro.

Le señalaron un sofá junto al cual había revistas. Pasó su mirada por las curvas femeninas de una de las chicas y pudo oír ladridos.

El perro todavía innominado, o por lo menos Tony desconocía su nombre, había entrado en periodo de quejas y protestas. Luego, escuchó gemidos; al animal le habían puesto un bozal para seguir con el lavado.

Oyó el fuerte ruido producido por el secador gigante de aire caliente. Al fin, el perro le fue presentado limpio y ligeramente húmedo.

Olía a un perfume que no parecía gustar nada al animal, porque estornudó en vanas ocasiones.

—Ya está desparasitado. Sin embargo, esta noche, para comer, le da esta pastilla. Dentro de tres días, otra y tres días más tarde, la tercera.

—De acuerdo.

—¿Cómo está de vacunas?

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabe? ¿No tiene su ficha sanitaria?

—No, acabo de recogerlo, su amo murió anoche.

—En ese caso, podríamos ponerle la triple.

—¿La triple?

—Sí, aunque es mayor, hay que tomar precauciones.

Tony Karpinsky quedó preocupado por lo de la triple. No sabía de qué iba, pero comprendió que debía ser algo importante para el perro, aunque el animal dedujo que no debía ser nada bueno para él porque volvieron a colocarle el bozal y se lo llevaron de nuevo al habitáculo embaldosado y todavía húmedo por el vapor de agua.

Tony Karpinsky escuchó un aullido de queja. Puso cara de circunstancias y al poco, el perro volvía a salir. Traía la cabeza más gacha que antes. Al periodista le dio la impresión de que el animal acababa de pasar por una comisaría donde se practicaba la tortura y que lo habían dejado listo para ver al juez, o sea, limpio y manso.

—Son veinticinco dólares.

Tony Karpinsky pensó que era un poco caro. El animal lo miró como reprochándole la jugada y el periodista se dijo: «Después de todo, nadie me ha obligado a meterme aquí.

—Ah, déme unas latas de comida —pidió.

—Sí, enseguida.

Abandonó el comercio y subieron al coche. El perro se puso en el asiento delantero, ahora un poco de lado, debía dolerle un anca. Ya no parecía divertirse tanto el panorama de la calle.

La agencia de investigadores privados se hallaba en un alto edificio del Cervantes Boulevard. Estacionó y le pidió al animal no le gustó la orden, se hizo el desentendido y le siguió.

Como iba limpio y peinado, nadie se opuso a que entrara en el ascensor.

En la oficina de investigadores privados, una recepcionista le sonrió ampliamente.

—Hola, Tony. —Luego, entristeció su rostro—. Sabes lo de Bob, ¿verdad?

—Sí. ¿Está Jefferson?

—Sí.

Habló por el dictáfono y, al poco, pudo oír la voz de Jefferson.

La oficina tenía dos secretarias más y algunos investigadores destinados a distintos asuntos. Jefferson estaba en su despacho; era un hombre mayor, calvo y de mejillas muy sanguíneas. Su hijo estaba empleado también en la agencia y realizaba servicios como los demás.

—Hola, Tony. ¿Vienes a buscar información para el *Star San Francisco*?

—No. Bob era un amigo.

—Una lástima, pero, ya se sabe, esta profesión es peligrosa, no sólo por los asuntos que se tratan, sino porque puedes ser sorprendido en la noche por delincuentes. La noche es muy peligrosa.

—¿Quién ha matado a Bob?

—Eso quisiéramos saber nosotros.

—¿Habéis comenzado a investigar?

—Sí, pero es un asunto privado. La policía también anda metida en el asunto, como es lógico.

—Ya, el teniente McCougar.

—¿Te han informado?

—Me lo ha contado el viejo del asfalto.

—Encontraremos al asesino. He recibido ofertas de otras agencias de investigadores privados, ya sabes, la profesión se une en estos casos de asesinato de uno de sus miembros.

—¿Y qué dice el teniente McCougar? —preguntó, acercándose al gran ventanal.

—La policía ha pedido que no intervengamos, que es cosa suya, aunque me temo que si es un asunto de delincuentes nocturnos, va a ser difícil encontrar al culpable.

Desde aquel ventanal podía ver, por encima de otros edificios y a lo lejos, a su izquierda el largo e impresionante Golden Gate por encima del brazo de mar que unía la bahía con el Océano Pacífico. También pudo ver a lo lejos, ligeramente a la derecha, la isla de Alcatraz, con su legendario presidio ya abandonado.

—¿En qué investigación andaba metido?

—Lo siento, Tony, eso es secreto profesional.

—Puede ser una pista para encontrar a los asesinos.

—Sí, pero no creo. Sólo puedo decirte, sin comprometerme, que se trata de un asunto de sospechas de un empleado infiel, nada importante.

—¿Se lo has contado así a la policía?

—Sí, claro. Ellos habrán ido a interrogarle, todos tenemos deseos de averiguar quién es el asesino para que lo detengan.

—¿Sabías que Bob me había citado para esta tarde? —preguntó, dándole la espalda al propietario de la agencia de detectives.

—¿De veras?

—Sí, ahora que ha muerto puedo decirlo.

—¿El qué?

—Iba a contarme algo importante.

—¿Respecto a qué?

—No lo sé, no llegó a decírmelo por teléfono, estaba algo nervioso.

—No entiendo. ¿No sería algo personal? —preguntó Jefferson, que prefería seguir encajado en su butaca anatómica tapizada en cuero, una butaca para impresionar a los dientes.

—Bob quería contarme algo importante en lo que, por lo visto, yo podía estar complicado.

—Pues no tenía noticia. Ya sabes que un investigador privado es alguien que se fija en todo, no sólo en el caso que lleva entre manos sino en otras cosas, en otros personajes. Quizá descubrió algo que podía interesarte a ti como noticia. Lo cierto es que ya era mayor y nunca había sido muy bueno. Servía para vigilar y siempre que no se tratara de personas peligrosas o demasiado rápidas.

—No me digas que tienes suficiente personal para menospreciar a un hombre como Bob, al que debías de pagar el mínimo que se puede pagar a un investigador privado asalariado.

—¿Qué vienes a reprocharme? —preguntó, y miró al perro que se había puesto de pie al otro lado de la mesa, con las patas sobre la misma, observándole con la boca abierta y al lengua fuera—. ¿Muerde ese chucho?

—Tú sabrás.

—¿Yo?

—¿No era de Bob ese perro? —inquirió Tony, acercándose al animal y acariciándole la cabeza, lo que gustó al perro. Parecía no hacerle culpable por el mal rato pasado en la tienda de veterinaria.

—Que yo sepa, Bob no tenía ningún perro.

—Pues estaba velándole en la Morgue. Ha sido el único amigo fiel después de la muerte.

—¿Me estás reprochando algo? Allí no se puede quedar nadie. Si ha sido asesinado, es lógico que le hagan la autopsia. El cadáver está en manos de la justicia para poder encontrar y castigar al asesino. Además, ya sabes que Bob no tenía familia, vivía solo.

—Lo sé.

—Le faltaba poco para jubilarse.

—Lo sé, y también que era un buen tipo.

—Esta agencia se hará cargo de los gastos de las pompas fúnebres, incineración, etcétera, pero todo se hará cuando el juez lo determine. Las muertes por violencia intencionada conllevan muchos problemas burocráticos.

—Yo creo que Bob quería decirme algo importante; es más, intuyo que su muerte tiene que ver con ello.

—Espero que no publiques lo que estás diciendo.

—¿Temes que te hunda la agencia?

—Si en un periódico se publica que un investigador privado quería contarle un secreto profesional a un periodista, nadie confiará en mi agencia, me hundirás. Tendré que ponerte pleito y si no puedes demostrar que Bob Iberson quería contarte un secreto profesional por el que tú, y sólo tú, deduces que lo han asesinado, tendrás que indemnizarme y comprenderás que si me hundes la agencia tendré que pedir mucho dinero.

—¿Me estás amenazando?

—¿Qué remedio me queda, Tony? Me estás hablando de suposiciones y poner en letra impresa suposiciones es muy peligroso cuando puede ser sólo una calumnia. Además, ensuciarías el nombre de Bob Iberson.

—No te voy a calumniar, Jefferson, no se publicará una sola palabra que no haya sido comprobada, pero voy a averiguar lo que le ha sucedido a Bob y sabré si tenía algo que ver con lo que tenía que contarme a mí.

—No te aconsejo que te metas en este follón, Tony. El teniente McCougar, como tú has dicho, es un tipo duro y no quiere intromisiones. Nosotros, en algunas ocasiones, ya hemos tenido roces con él y somos investigadores privados acreditados.

—Sería estúpido que me diera miedo el teniente McCougar. Yo hago mi labor y él, la suya, y si se entrecruzan, pues nos tomaremos unas copas juntos.

—Como quieras. ¿Seguro que ese perro no muerde?

—Desde que yo lo conozco, no ha mordido a nadie.

—¿Y desde cuándo lo conoces?

—Pues hará unas tres horas. Vamos, «Bobby» —le dijo, en homenaje al investigador asesinado.

Capítulo IV

MISTRESS Sarah Remington entró en la habitación de su hijo.

El ruido de las columnas de sonido pertenecientes al tocadiscos estéreo y alta fidelidad, resultaba insoportable.

Jimmy se hallaba de espaldas a la puerta, sentado en una butaca y leyendo un cómic de sex-terror. Cada una de las viñetas, cada uno de los dibujos, era devorado por aquel hombre joven con verdadera fruición y, al mismo tiempo, con gran lentitud. Cerca de él tenía una modernísima mesa de dibujo con lámpara articulada focal.

Allí se sujetaban unas hojas blancas y en ellas había dibujos de chicas y chicos, todos desnudos, pero carentes de todo arte, de estilo, eran unos dibujos zafios. Jimmy no conseguía acercarse lo más mínimo a los dibujos de los cómics que abundaban en su habitación.

—¡Jimmy!

La interpelación quedó ahogada, disuelta en los más de cien decibelios de la percusión rítmica que escapaba por los grandes altavoces protegidos dentro de sus grandes cajas de madera y ocultos por una tela negra.

—¡Jimmy! —volvió a gritar la señora Remington, una dama de cabellos rubios que ocultaban canas teñidas bajo un peinado muy elaborado, como elaborada y costosa era la ropa que vestía. Podía permitirse todos los lujos que deseaba, no en vano era la esposa de Remington, el propietario del *Star San Francisco Newspaper*, de cuatro revistas semanales y de otros negocios, como financieras que no eran otra cosa que «usurerías» encubiertas con nombres comerciales.

Tuvo que acercarse al sofisticado aparato tocadiscos y pulsar el botón de desconexión. De pronto, se creó un vado extraño en su cerebro, era como si la hubieran llenado de algodones.

Jimmy, perplejo, volvió la cabeza hacia ella y le preguntó:

—¿Por qué lo has parado?

—¡Porque ya no puedo aguantarlo más, haces un ruido infernal!

—Sólo escuchaba un poco de música mientras Ida.

—¿Un poco de música? —resopló—. Mira, Jimmy, no me gusta lo que haces, no me gustan esas revistas pornográficas y esos dibujos que haces.

—Esto es arte.

—¿Por qué no has ido hoy a la redacción del *Star San Francisco*?

—Porque no me gusta cómo me miran.

—Te miran, te miran... ¿Quién te mira?

—Todos, se creen que soy tonto.

—Eso es una estupidez. Tú vales mucho y algún día sucederás a tu padre.

—¿Se va a morir?

—No, no creo que ahora se muera, está muy enfermo, pero saldrá de ésta. Sin embargo, algún día tendréis que sucederle tú y tu hermano. Pero como tu hermano es militar no podrá dedicarse al periodismo. Heredará su parte y serás tú quien habrá de sacar adelante todo esto.

—Kathy, la mujer de mi hermano, sabe más que yo de estas cosas, es máster de económicas.

—No es tan lista como ella se cree. Además, en este imperio de la información en el que destaca el *Star San Francisco*, la cabeza ha de ser un hombre.

—Cuando mi padre me deje sentar en su sillón, arriba en el «nido» como lo llaman en el periódico, las cosas serán diferentes.

—Tu padre tiene razón, Jimmy, deberías estar allí en la redacción, junto con los, directores. Ellos te enseñarán más que lo que hubieras aprendido en la universidad si no te hubieses marchado de ella.

—Aquello era inaguantable.

—Jimmy, Jimmy —se quejó, suspirando, pensando quizá que no conseguiría hacer razonar a su hijo.

—Vamos a ver, ¿no es rico mi padre?

—Sí, claro, es millonario.

—Entonces, ¿para qué he de trabajar yo, si voy a heredar de él?

—Tú no tendrás nunca problemas económico, podrás disfrutar del yate de la familia, de las diversas casas que poseemos en los mejores lugares de la Unión y de otros países. No te va a faltar de nada, pero las fortunas no se pueden quedar quietas, hay que seguir engordándolas. Esa es la obligación que se te impone a cambio de lo que puedes disfrutar de ella.

—¿Aumentarla más? Si eso es imposible. A ver, ¿a cuántos millones de dólares asciende la fortuna de mi padre?

—Eso es difícil de evaluar. Además, has de tener en cuenta que mucho dinero siempre permanece invertido, no se pueden tocar, rinde intereses. Luego está el valor de los edificios, hay que pagar a los acreedores. Bueno, no es que yo entienda demasiado de eso, pero estoy tratando de evitar que tu padre te incapacite.

—¿A mí, incapacitarme a mí? —rugió Jimmy, brillándole los ojos de pronto.

—Sí.

—¿Por qué?

—No me hagas hablar más, Jimmy, no me hagas hablar. Has de poner un poco de tu parte, ya tienes veintiséis años.

Jimmy no parecía ceder ni siquiera comprender los razonamientos de su madre, Él se interesaba por los cómics y por el aislamiento mediante la música fuertemente estridente.

—Haces cosas de muchacho de trece años, Jimmy, has de cambiar un poco. Las chicas, por ejemplo...

—¡No me hables de chicas, no me hables, déjame en paz, déjame en paz!

—Me preocupas mucho, hijo.

—Haz como «pa», que dice que soy idiota.

—Está bien, es imposible hablar contigo.

Mistress Sarah Remington abandonó la amplia y soleada alcoba de Jimmy. Apenas había cruzado la puerta cuando volvió a sonar la estridente música que aislaba al hijo del magnate de la prensa de San Francisco del resto del mundo.

Se dirigió a la alcoba donde estaba internado su marido. Abrió la puerta y pasó a una especie de vestíbulo de unos diez metros cuadrados.

Toda una pared estaba cubierta por cortinajes. Los descorrió y quedó frente a una pared de grueso cristal transparente. En uno de los lados, con marco de acero inoxidable, había una puerta también de cristal.

Una enfermera de mediana edad se hallaba tras una mesa. Leía, pero al descubrir su presencia, levantó un teléfono interfono. Mistress Sarah Remington descolgó el que tenía al alcance de su mano, junto a la pared.

—¿Cómo ha dormido al señor?

—Bien, el doctor llegará de un momento a otro.

Miró la cama en la que descansaba el magnate que respiraba regularmente.

Sarah Remington estaba nerviosa. Por orden del médico, nadie debía entrar en la cámara del magnate Henry L. Remington, que estaba enfermo y aislado detrás de aquel grueso cristal.

Sólo las enfermeras, debidamente autorizadas, podían acceder a la cámara para ayudarle, darle de comer y deshacerse de las ropas que podían quemarse. Aquellas enfermeras estaban muy controladas y no padecían enfermedad alguna que pudiera causar problemas a un paciente con bajas defensas inmunológicas que debía protegerse tras un cristal, como ocurría en las unidades de cuidados intensivos de los hospitales. Remington podía permitirse el lujo de tener su propia unidad aislada de cuidados intensivos en su residencia. Además, de esta forma nadie lo sabía.

Un mayordomo, que era a la vez chófer y guardaespaldas de

Remington, llegó hasta la alcoba acompañando al doctor que acababa de llegar.

—Buenos días, mistress Remington. ¿Cómo va su marido?

—Parece que bien, pero...

—Lo airaremos, lo curaremos. Hoy le haremos unas transfusiones de sangre, hay que limpiársela un poco renovándola. Según lo que veamos en los análisis posteriores, decidiremos. Si es preciso se la cambiaremos toda.

—Tengo ganas de que esto termine.

—Terminará, yo se lo garantizo. En realidad, no ha sufrido nada grave, sólo está aislado ante un posible ataque de virus y bacterias; entonces sí sería grave.

—No ha entrado nadie aquí dentro.

—Es que nadie puede entrar. Un simple resfriado podría ser grave y eso es lo que debemos evitar.

La enfermera salió con una bata que el médico se puso, y también un gorro, un tapabocas filtrante y unos guantes. Había tomado todas las precauciones, como si se dispusiera a operar quirúrgicamente.

Sarah Remington observó al médico a través del cristal.

Su marido despertó, la miró a ella y le hizo un débil gesto con la mano.

El doctor le auscultó, le hizo un ligero chequeo y luego le extrajo sangre mediante una jeringa, sangre que introdujo en un frasco con tapón ya cerrado. Era evidente que extraía aquella muestra de sangre para hacer un análisis.

Mistress Sarah Remington observó que su marido y el médico intercambiaban unas palabras. Después, el médico salió y puso en manos de la enfermera la ropa usada, que fue introducida por ella misma en una bolsa de plástico que quedaba herméticamente cerrada.

—Ahora analizaremos la sangre. Esta tarde volveré para la transfusión.

—¿La hará usted mismo?

—Sí, claro, no conviene que intervenga nadie más en este caso. Ya sabe, tendría que declararlo a la sanidad pública y su marido se opone rotundamente a ello. Yo soy comprensivo aunque me juego mucho con todo esto, usted lo comprende, ¿verdad?

—Oh, sí, claro —asintió. Después, le pidió—: Sígame, por favor.

Le llevó hasta el despacho donde abrió una pequeña caja de caudales empotrada en una pared. De ella sacó un fajo de billetes, contó hasta cinco mil dólares y se los entregó al médico.

—Su parte.

—Por ahora —puntualizó él.

—Ya sabe que mi marido puede ayudarle mucho desde sus

publicaciones.

—Cuento con ello. Su marido sabe que por no denunciar el caso me juego mi prestigio y casi mi carrera. —Miró los billetes—, Pero a mí me place ayudar a hombres importantes como su esposo.

El médico sabía que tenía que seguir en aquel asunto con el máximo de cuidado. El magnate de la prensa no iba a perdonarle si el caso trascendía, y el médico sabía muy bien que podía encontrarse con varios tiros al llegar a su casa o con varios navajazos, y todos lo atribuirían a un atraco de los que tanto abundaban.

Sonrió fríamente y abandonó la residencia del magnate de la prensa. Afuera, dentro de los jardines, aguardaba su lujoso automóvil.

Capítulo V

LA revista gráfica *Show* tenía su redacción y almacén en una especie de sucio y destartelado garaje cerca del Chinatown.

El local estaba sin pintar. Mamparas de marcos de hierro soldado, con grandes cartones pegados como paneles, aislaban lo que podía considerarse el almacén de la redacción.

Esta se componía de tres mesas sucias con dos teléfonos; una era para el director, la segunda para el jefe de redacción y tres redactores más que en realidad eran una misma persona que utilizaba varios pseudónimos para dar la sensación de multiplicidad de redactores.

La tercera mesa la ocupaba una secretaria anglo-china que había conseguido aunar en su persona la belleza y el misterio oriental y la soltura, la sensualidad y el modernismo de la agresiva Norteamérica.

Los empleados del almacén eran chinos. Iban y venían apenas sin pronunciar palabra, atareados como eficientes hormigas. Montones de ejemplares devueltos eran empaquetados y se preparaban las revistas que debían partir hacia el mercado con no demasiadas esperanzas de ser absorbidas.

Mit Breadwell era el director, propietario y deudor de los acreedores de la revista, que eran múltiples. En otro tiempo había sido un hombre grueso, ahora era delgado y la sonrisa se él había torcido.

Liwia, la secretaria, estaba en su puesto y sonrió al recién llegado.

—Hola —saludó Tony Karpinsky.

—¿Cómo va eso? —preguntó Liwia—. No he visto tu columna en el *Star San Francisco*.

—Es que no la he escrito —respondió Tony, sin entrar en más detalles.

—Bien venido al panteón —le dijo Mit Breadwell.

Tony Karpinsky se dejó caer en una silla de madera que crujió sospechosamente.

—¿Cómo estás por aquí?

—Mal, esto está hundido.

—¿Por qué, no se vende *Show*?

—¿Quién lo sabe? No hay dinero, ése es el principal problema.

—Una fuerte inyección de dólares haría que funcionásemos. La distribuidora no da más crédito —dijo Liwia con su voz agradable.

—No tenéis noticias originales, sólo publicáis refritos, noticias sacadas ya en otras publicaciones y mezcladas.

—Sí, lo admito, pero no tenemos dinero para nada. Unos tienen mucho, como Remington, y otros como yo sólo tenemos deudas.

—¿Qué harás cuando esto quede barrido?

—No lo sé, posiblemente fundar otra revista.

—¿Para la mujer?

—No, una revista de ciencias ocultas o algo así, es lo que se vende ahora.

—¿Por qué no haces algo original y no vas siempre detrás de lo que ya ha triunfado?

—Porque para pegar fuerte hace falta promoción y la promoción es lo que más dólares cuesta.

—Tú sabrás lo que haces.

—Si tuviera un nombre como el tuyo en la cabecera de mi revista, sería otra cosa.

—¿Me estás ofreciendo un empleo? —preguntó Tony con una sonrisa.

—Ahora, imposible, no podría darte ni un níquel a la semana, debo hasta los klínex.

—Y a ti, ¿cómo te paga, Liwia? —quiso saber Tony Karpinsky. La secretaria respondió:

—Yo me cobro en revistas.

—¿En revistas? —Tony Karpinsky quedó desconcertado.

—Sí, se queda con un buen número de revistas. Se las da a su tío que las lleva a unos puntos de venta que él conoce y, sorprendentemente, se venden.

—¿Es cierto eso? —se asombró Tony.

—Hay que espabilarse. Si no se cobra en metálico, se ha de cobrar en especie.

—Lo que yo no entiendo es cómo las vende —dijo el director de la revista *Show*.

—Misterios del mercado —admitió ella.

—¿Por qué no te asocias con Liwia? A lo mejor funcionaba mejor el negocio de la revista.

—Aguardó a que Mit Breadwell intercambiara una sonrisa con su secretaria y prosiguió, cambiando de tono—: La verdad, Mit, es que quería hablarte de Crissy.

El rostro del director de aquella revista, que agonizaba con más deudas que beneficios, cambió. El tema, obviamente, no le era grato.

—Prefiero no hablar de Crissy.

—Era tu hija, ¿no?

—Sí, pero hacía algún tiempo que no vivía conmigo.

—Bueno, yo me voy a repasar las devoluciones —dijo Liwia.

—No es necesario que te marches —le dijo Mit, apoyando sus palabras con un gesto de la mano.

—Sé que anduvo con una de esas sectas orientales.

—Sí, pero allí no cayó en la droga.

—¿Qué has sabido de Crissy en los últimos tiempos?

—¿Qué es lo que pretendes, Tony, sacar los trapos sucios de mi hija a la luz pública?

—No trato de perjudicarte a ti ni a su nombre. ¿Sabes? La vi en la Morgue.

—¿Tú? —se asombró.

—Sí, y supongo que tú también.

—Sí, tuve que ir a reconocerla.

—¿Te han dicho de qué murió?

—Septicemia generalizada. Por lo visto, la pobre enfermó y nadie la cuidó. Cuando la encontraron, ya había muerto. Debí pasar los últimos días muy malos, en alguna cabaña o en las playas.

—Estoy haciendo unas averiguaciones para un reportaje. Sé de otras dos chicas más que murieron.

—¿También murieron de esa enfermedad? —preguntó Liwia.

Tony Karpinsky se calló que el problema de la septicemia se debía a la enfermedad «gay», la inmunidad supresora adquirida que alguien había contagiado a la muchacha, dejándola sin defensas contra las enfermedades más vulgares de las cuales cualquiera podía curarse, excepto quienes padecían la llamada enfermedad de los homosexuales.

—Una murió de sobredosis, la otra se lanzó desde un piso catorce. Por supuesto, ambas estaban llenas de callosidades en las venas de tantas picadas de droga.

—¿Qué es lo que buscas en realidad, Tony? —inquirió Mit Breadwell.

—Intuyo que hay algo que une esas tres muertes. Quiero hacer un reportaje grande, importante. He estado investigando a las otras dos, pero no he llegado a la profundidad que deseaba.

Mit Breadwell no había suavizado la expresión de su rostro, seguía siendo hosco y receloso además de dolorido.

—¿Y qué es lo que crees tú que une a las tres muchachas muertas?

—Esto.

Sacó un pequeño objeto de un bolsillo de su chaqueta y se lo mostró.

Mit Breadwell examinó aquel objeto, era una especie de medallón negro de madera de ébano, de una pulgada y media de diámetro. Tenía un orificio para pasar una cuerdecilla y utilizarlo como colgante.

La madera, tallada en sobrerrelieve, mostraba un ojo humano, un ojo sobre un fondo que podía tomarse como la representación de una hoja.

—¿Qué significa este ojo de madera negra?

—No lo sé —confesó Tony Karpinsky—, pero las tres lo tenían.

—¿Mi hija también?

—Sí.

—¿Este es el de ella?

—No, el de tu hija lo tiene la policía. Cuando el juez sentencie que su muerte puede considerarse debida a una enfermedad rápida y por falta de cuidados médicos, te darán sus pertenencias, si las reclamas, y entre esas pertenencias está el ojo de madera.

—¿Dónde lo has visto tú?

—En la Morgue.

—¿Es que siempre estás en la Morgue, como un cuervo? —gruñó molesto Mit Breadwell.

—No te molestes conmigo, Mit, yo tengo mis medios de información. Cada vez que entra una joven con signos de drogadicción, me avisan y yo paso a tomar algunos datos.

—Para tu reportaje, claro.

—Sí.

—Entonces, no crees en esa enfermedad, en la septicemia.

—Sí, creo en esa enfermedad, pero quiero saber lo que la provocó. Ya te he dicho que existe un nexo de unión entre las muchachas muertas.

—¿Crees que llegarás a alguna parte? —preguntó el propietario de aquella revista sin futuro llamada *Show*.

—No lo sé. Ah, se me olvidaba, ya no trabajo en el *Star San Francisco*.

—¿Ah, no? ¿Te han ofrecido un mejor puesto en el *Yellow Post*?

—No, soy un periodista en el paro y voy a hacer de *free-lance*. Ya sabes, reportajes por lo libre y a tumba abierta.

—No te ofrezco un empleo aquí porque no podría darte ni para pagar tus cigarrillos.

—No he venido a pedirte empleo.

—Aunque te parezca grotesco, no pasa día que no venga por aquí un muchacho o muchacha, y algunos viejos también, buscando su empleo de periodista. Ya puedes imaginar lo que tengo que responderles.

Le devolvió el singular medallón de madera de ébano que representaba un ojo sobre una hoja.

—¿De veras no puedes decirme nada sobre tu hija que sea importante?

—Yo no recuerdo nada ahora, pero quizá —miró a su secretaria—

Liwia pueda decirte más que yo.

Tony Karpinsky la miró interrogante y le pareció que los ojos ligeramente oblicuos de la joven le ofrecían respuestas veladas por mil misterios.

Capítulo VI

TONY Karpinsky se había preguntado si Liwia le iba a introducir en los misteriosos callejones del Chinatown de San Francisco. Lo cierto es que él ya conocía por sí mismo gran parte de aquel barrio, donde hasta los rótulos de reclamo estaban escritos en ideogramas orientales.

Conducía rápido, siguiendo las indicaciones de la muchacha, en dirección sur, pegado a la costa.

—¿Adónde vamos?

—Al paraíso —respondió la bella eurooriental o anglochina, que de las dos formas y muchas más podía decirse.

Liwia se había vestido con una minifalda y un ajustado nicky. Ambas prendas eran de color fucsia y mostraba unas deslumbrantes piernas que no parecían huidizas.

Liwia no era una mujer exagerada en las curvas de su cuerpo. Seguramente cada uno de sus pechos cabía en la oquedad que Tony Karpinsky podía formar con su mano, pero tenía mucho atractivo.

Uno, al verla, se imaginaba que, al principio, su piel sería fría, gélida quizá y luego, cuando menos se lo esperase, aquella piel tan suave que se podía resbalar por ella, abrasaría.

—¿De veras es el paraíso?

—Así lo llaman.

—¿Iba Crissy allá?

—Sí, yo la había visto allí.

—¿Tú te drogas? —preguntó Tony abiertamente.

—Lo he probado, pero no soy adicta. Tuve unos abuelos que fumaban opio hasta su muerte.

—Comprendo.

—Dime, Tony, ¿buscas una red de traficantes de drogas?

—No lo sé, pero creo que no. Es, ¿cómo diría? Otra cosa.

Anohecía. El Océano Pacífico semejava engullirse el disco rojizo del sol. Sólo era fácil ver la puesta de sol cuando la carretera se elevaba, y a la derecha y a lo lejos podía verse el azul oscuro del océano. La autopista discurría algo más hacia el interior, coches que rodaban veloces en dirección a Los Angeles.

—Sal a la derecha en cuanto veas un gran árbol, como un abeto.

—De acuerdo. —Avanzó disminuyendo la velocidad y cuando vio un árbol ancho y alto, preguntó—: ¿Es ése?

—Sí.

—Pues es un ciprés californiano, no un abeto, aunque a distancia pueda parecerlo.

—¿Entiendes también de árboles?

—Y de piernas de mujer. La tienes muy bonitas.

—Son mejores al tacto que a la vista —respondió ella sin sonrojarse.

Se salió de la carretera, adentrándose por lo que parecía una pista forestal privada, pues no tenía asfalto. Pronto tuvo que reducir aún más la marcha, pues el coche comenzó a dar fuertes botes en pendiente.

—Ten cuidado no rompas el coche aquí.

—Me voy a quedar sin amortiguadores —gruñó Tony Karpinsky, dando tumbos por aquel infernal camino que describía curvas para seguir los desniveles naturales de aquella zona. Las ramas de otros cipreses californianos, despidiendo un agradable olor a limón, rozaron la carrocería del automóvil.

Después de pasar por entre lo que parecían unos grandes peñascos, ya con los faros encendidos, pudieron ver una explanada donde había estacionados otros automóviles, la mayoría de ellos muy vetustos y pintarrajeados a mano. También había algunos furgones que, por su aspecto, eran a su vez vivienda rodante.

Tony Karpinsky introdujo su automóvil entre dos coches que le parecieron más nuevos y normales.

—¿Este es el paraíso? —preguntó, mirando en derredor. El lugar semejava muy tranquilo.

—Sí, éste es el lugar —dijo Liwia.

—¿Aquí venía Crissy?

—Aquí la vi. No sé si encontrarás lo que buscas para tu reportaje, pero ándate con cuidado, hay tipos peligrosos,

—Pues andaremos con tiento.

Salieron del coche. Allí no parecía haber nadie.

Pasaron por entre unos árboles y unas rocas y se adentraron en una especie de campamento que no parecía seguir ninguna norma. Desde aquel campamento se accedía fácilmente a la playa, una playa de arena gruesa.

Tony Karpinsky vio grupos de jóvenes, y muchachos y muchachas que charlaban animadamente. Otros parecían somnolientos y fumaban. Comenzaron a encenderse las primeras fogatas.

—¿Es un campamento punk? —preguntó Tony.

—En cierto modo, sí, y en cierto modo, no.

Se cruzaron con los individuos más extraños, mestizos de muchas

razas, aunque también los había de razas puras, negros, blancos, pieles rojas y amarillos, pues allí sí que no parecía haber ninguna clase de racismo.

De pronto se escuchó música, pero con una potencia ensordecedora. Los baffles de gran potencia, situados adecuadamente entre los árboles, dejaron escapar la estridencia musical e instrumental de lo que cabía calificar como rock duro. También se encendieron potentes focos de colores que, controlados por algún microordenador, provocaron una psicodelia luminosa que hacía daño a los ojos si se recibía un impacto de luz directamente en ellos.

—¿Qué te parece, Tony?

—Esto no es una discoteca, pero como si lo fuera.

—Tiene más emoción aquí, libres en la naturaleza —dijo ella, gritando para hacerse oír.

—¿Quién ofrece esto?

—No lo sé.

—¿No se cobra entrada?

—No, es libre.

—¿La policía no viene por aquí?

—Que yo sepa, no. Esto queda lejos de la dudad, las poblaciones y urbanizaciones, aquí no se molesta a nadie.

—¿Quién es el jefe de todo esto?

Liwia se encogió de hombros, parecía importarle muy poco.

—¿Y qué hacía Crissy aquí, tomar droga?

—Quizá.

Tony Karpinsky pensó que el lugar era interesante, como una gran discoteca en mitad de la naturaleza. Dedujo también que todo aquello costaba dinero y que alguien debía proporcionarlo.

En unos claros danzaban muchachos y muchachas, sin orden, sin aparejarse, sin mirarse unos a otros. Aquel lugar no era para brindar espectáculo a una masa que allí pudiera congregarse, nadie parecía depender de nadie.

Si uno quería bailar, se levantaba y lo hada. Sudaba, vibraba con la potente música que rompía la noche y se dejaba caer al suelo, alucinado por los potentes destellos de luz que venían desde lo alto como si los produjeran extrañas cosmonaves que fueran a invadir la Tierra.

Liwia le cogió de la mano y se lo llevó entre la maleza. En un pequeño claro, se quitó la ropa que cubría su busto.

Quedó desnuda de cintura para arriba y comenzó a danzar. Su danza no era brusca, había en ella un mucho de los movimientos orientales donde las quebradas se hadan ondulantes, donde los huesos no parecían tener uniones sino que en sí mismos se doblaban como junquillos tiernos.

La estuvo observando durante un tiempo que no supo si era mucho o poco. Ella, sin hablar, danzaba en su entorno, no le empujaba a nada, no le exigía nada, y él, sin darse cuenta, comenzó a mover su cuerpo también.

De pronto, le pareció ver la imagen de Evel, su esposa asesinada por un loco que había salido a la calle a satisfacer sus sádicos deseos de matar y se enfrió al recordar a su desaparecida mujer. No solía ocurrirle cuando simplemente pasaba una noche con una mujer, sin preguntarse al día siguiente quién había sido.

Por entre la maleza surgió un negro fornido de unos dos metros de altura, rodeándole la frente una cinta de cuero. Aquel lugar no era africano y le pareció que aquel negro debía ser haitiano o jamaicano, por el tipo de pantalones que llevaba.

De inmediato, sobre su pecho descubrió una talla de madera, era un ojo sobre una hoja, pero el colgante era mayor que el que había visto en las muchachas muertas.

El negro farfulló algo ininteligible para Tony Karpinsky.

El periodista no tenía ningún problema de racismo. Si era atacado, le importaba poco que su enemigo fuera negro, blanco o mongol.

El negro cogió a Liwia entre sus brazos. La alzó en el aire como si ella careciera de peso y como si le perteneciera.

Liwia gritó en medio de la música y tendió una mano hacia Tony Karpinsky. Este no hubiera intervenido si saliera de ella en deseo de marcharse con aquel gigante negro surgido de la noche, sobre cuyo brillante rostro confluían los destellos de luz, haciendo destacar algunas cicatrices que lo hacían particularmente maligno.

—¡Suéltala!

—¡Vete al infierno! —le replicó él.

Tony Karpinsky fue hasta él y le barrió dándole un golpe con el pie, justo cuando el negro se disponía a alejarse. Era una llave de pies de judo, que bien aplicada tenía su efectividad.

Al caer al suelo, Liwia escapó de él. Retrocedió, cogiendo la parte de su vestido que había arrojado antes al suelo. El negro mostró sus dientes agresivamente hacia Tony Karpinsky.

—¡Corramos! —le pidió Liwia.

Tony Karpinsky no era de los que rehuían un enfrentamiento y dejó que el gigante de color fuera hacia él.

Esquivó tres puñetazos y consiguió propinarle uno al estómago, pero el negro le replicó con una especie de mazazo que le dio en la cara.

Tony sintió el suelo en su espalda y rebotó contra él. Tuvo la impresión de que se veía en el epicentro de un terremoto.

De no reaccionar a tiempo, habría tenido que encajar una patada propinada por su enemigo, pero se rehízo mientras la boca le sangraba.

Una música se sucedía a otra, saliendo avasalladora por los altavoces.

En medio de la luz psicodélica que se filtraba entre árboles y matorrales, como danzando con la música, los dos hombres prosiguieron su lucha sorda.

Liwia se había quedado quieta. Era la eterna hembra que sabía que debería entregar su cuerpo, el placer de su sexo, al vencedor, fuera éste quien fuera. La naturaleza salvaje era así y no podía escaparse a su brutal sugestión.

Tony Karpinsky no era ningún boxeador profesional y recibió golpes contundentes. Tenía la impresión de que sus órganos estallaban dolorosamente dentro del cuerpo. Los golpes que propinaba aquel gigante eran demoledores.

Se vio lanzado contra el suelo en varias ocasiones, pero también él replicaba.

Logró hacer doblar las rodillas a aquel gigante al propinarle un puñetazo en la oreja que le conmocionó.

Tony aprovechó aquel momento para proyectarle un taconazo demoledor al mentón, empujando el pie con todo el cuerpo lanzado al aire.

Crash...

El negro quedó tendido. Tony Karpinsky, también, pero rehaciéndose, incorporándose lentamente. Sentía náuseas y tenía la impresión de que jamás le habían pegado tan fuerte como acababa de hacerlo aquel negro.

Era posible que su hígado estuviera sangrando. La boca se le hinchaba y los ojos parecían estar en otro planeta, lleno de luces.

Liwia le cogió de la mano y se lo llevó consigo, a través de árboles, de arbustos, de parejas que hacían el amor sin importarles el resto del mundo.

Apenas podía andar y no sabía hacia dónde iba. De pronto, se detuvieron y Liwia puso sobre sus labios un vaso de plástico.

Lo que tomó le abrasó los labios, las encías, la garganta, pero siguió bebiendo.

Liwia se lo llevó consigo y pisó un suelo blando que no supo era arena hasta que vio las olas rompiendo cerca. No lejos había jóvenes que se bañaban gritando, desafiando al océano donde los tiburones pululaban hambrientos.

La música llegaba hasta ellos y también algunos destellos de luz. Liwia lo tendió en el suelo.

—Tengo, tengo que preguntar, tengo que preguntar... —balbuceaba Tony.

Ella le abrió las ropas. Llevó un poco de agua con sus propias manos y le mojó la cara.

Tony no lo vio, pero sus manos tocaron el cuerpo desnudo de Liwia. La mujer comenzó a besar el cuerpo masculino, un cuerpo que no se le rebelaba.

Quería levantarse para buscar al negro al que había conseguido vencer e interrogarle, él llevaba el ojo de madera colgando de su cuello, pero Liwia, que debía haber bebido algo afrodisíaco, estaba excitada y siguió besándole.

Le abrió los pantalones y él sintió que su virilidad despertaba con violencia. Dejó de luchar, de debatirse. Los dedos de la mujer, sus labios, sus dientes, eran brujos que lo dominaban y fue ella quien lo poseyó allí sobre la arena.

Luego, Tony se relajó y entró en un profundo sopor, como para escapar a los mil dolores que atenazaban su cuerpo.

Liwia había desaparecido. Regresó con otro vaso, le levantó la cabeza y le pidió que bebiera. El obedeció.

No supo si todo era fruto de sueños o una realidad provocada por la bella y sensual Liwia, pero la poseyó hasta siete veces o quizá fue ella quien le gozó a él, pues era Liwia y sus brebajes quienes conseguían excitarlo en cada ocasión. Eran sus manos, sus caricias, sus labios quienes le despertaban.

Luego quedó exhausto. Si un *bulldozer* hubiera aparecido avanzando por la arena, con sus poderosas cadenas oruga hacia él, no habría podido moverse para salvar su vida.

Tuvo la impresión de que oía unos quejidos, pero no consiguió ni abrir los ojos y se sumió en las pesadillas que le habían torturado en los últimos tiempos.

Vio a Evel, su esposa muerta, corriendo por una calle en la noche, perseguida por los faros de un automóvil. De súbito, Evel se volvió y el rostro no era el suyo si no el de Liwia.

Capítulo VII

UN sol abrasador le despertó con la impresión de yacer sobre un hormiguero gigante.

Abrió los ojos y sintió dolor. No pudo soportar la vivísima luz del sol.

Se protegió los ojos con las manos y se sentó sobre la arena. Tenía el hígado inflamado y le dolía, también la espalda y la cara. Era difícil poner más atención en uno» dolores que en otros.

Buscó en derredor, pero Liwia no estaba. Lo habían dejado solo, allí no había nadie. El sol estaba alto y el agua del océano rompía no muy lejos de sus pies. Si hubieran habido olas altas, le habrían mojado.

Consiguió levantarse con dificultad. Llevaba todas las ropas abiertas. Se ajustó los pantalones que le habían caído y se los sujetó con la correa tras subirse la cremallera. Tenía que llegar hasta su coche y cuando consiguió llegar a la explanada donde se estacionaban los vehículos, no descubrió el suyo. Parpadeó, como negándose a aceptar la realidad.

Se palpó y se dio cuenta de que no tenía las llaves del coche ni el encendedor. Le habían registrado la cartera y quitado todo el dinero que llevaba.

—Estúpido de mí —se lamentó.

Le habían robado mientras dormía, quizá drogado, ya que ignoraba lo que contenía el brebaje que le obligara a beber Liwia en varias ocasiones, a lo largo de la noche.

La mayoría de los coches habían desaparecido de aquel lugar. Sólo quedaban dos furgonetas y un automóvil pintarrajeado de diversos colores, un automóvil que era dudoso funcionara a juzgar por su aspecto.

Una jaqueca horrible y unas náuseas insoportables le torturaban, le impedían pensar. Se acercó al coche pintarrajeado, la portezuela no estaba cerrada y entró en él.

No había llaves, pero los cables estaban a la vista, de tal forma que era evidente que los habían unido en varias ocasiones. No dudó en hacer el puente y poner en marcha el motor. Salió haciendo roncarse el automóvil y ascendió por la tortuosa pendiente temiendo quedarse en cada bache.

Logró llegar a la carretera. El coche funcionaba mejor de lo que cabía esperar. Regresó a San Francisco.

Se estacionó a dos cuadras de su apartamento para no llamar la atención y, andando, recorrió la distancia que le separaba de él.

Subió al piso, descolgó el teléfono y llamó a la policía.

—¿Diga?

—Quiero denunciar que me han robado el carro.

Dio la matrícula, modelo y color. Le hicieron varias preguntas que él respondió evasivo.

—Había bebido algo, no recuerdo nada. Sólo sé que me han robado las llaves, el dinero de la cartera y el coche.

Le dijeron que lo buscarían y él colgó el teléfono. Se quitó todas las ropas y se metió bajo la ducha. Se secó con una gran toalla, se miró al espejo y vio su rostro de tal manera que se preguntó si no sería bueno ir a visitar a un médico.

Llamaron a la puerta. Envuelto en la toalla, fue a abrir y descubrió a una mujer en el umbral.

—Connie...

—Pareces muy mojado — comentó ella.

—Pues yo diría que me han dejado seco.

—Uauh, ¡qué cara tienes!

—Y si me vieras el hígado y el estómago... Anda, pasa, pasa si no tienes miedo de un exhibicionista, porque otra cosa, en estos momentos...

Ella sonrió ligeramente y entró en el apartamento.

—¿Te han pegado una paliza?

—Eso parece, ¿no? Estoy indeciso entre si ir primero al dentista o al *doc* de medicina interna. —Se volvió hacia la joven que se había sentado en el pequeño sofá—. ¿Cómo va el *Star San Francisco*?

—Podría decirte que sin ti no es lo mismo.

—No mientas, no hay nadie imprescindible.

—¿No sería mejor que pasaras por una clínica?

—No creo que me hayan reventado, aunque ganas no le han faltado al que me ha dado tan duro.

—Y a tu adversario, ¿qué le ha sucedido?

—No lo sé, lo dejé tumbado. Yo pude seguir hasta... —pensó en Liwia y prefirió callarse.

—Tony, he venido para decirte que los compañeros, todos unidos, hemos hecho un plante de protesta frente a la «pecera».

—¿Ah, sí? —inquirió, mezclando una parte de jugo de limón y de aguacate.

—Hemos pedido tu readmisión.

—¿Y qué ha dicho el ogro?

—Que es asunto del «nido», pero que verá de solucionarlo.

—¿Y tú lo crees?

—Lo tienes difícil.

—No me interesa regresar al *Star San Francisco*.

—No digo que la dirección del periódico no sea intransigente e imponga sus normas, pero tú también tienes tus propios problemas.

—De acuerdo, y ahora tengo aún más.

—¿No encuentras trabajo en ninguna parte?

—Ya te lo dije, me han colocado en la lista negra y me gustaría saber por qué motivo.

—Tú no has participado en política.

—Quizá he estado haciéndole cosquillas en los pies a algún gigante sin darme cuenta y ha decidido aplastarme con su pesada bota llena de oro, así son las cosas.

—¿Vas a hundirte por el síndrome de sentirte perseguido?

—Oh, no. —Bebió la mezcla de jugos que por estar muy fríos aliviaron su boca—. Soy un periodista en el paro, pero saldré de ésta.

Sonó el teléfono. Liwia miró a Tony y éste le hizo un gesto para que lo cogiera ella. Así lo hizo la joven periodista.

—¿Diga?

Escuchó, tapó el micro con la mano y le dijo a Tony Karpinsky:

—Es la policía, pide por ti.

Tony torció el gesto, se acercó al teléfono y lo cogió.

—Sí, aquí Tony Karpinsky.

Escuchó lo que le dijeron; después respondió:

—Sí, sí, iré al reconocimiento y haré el parte del seguro. Gracias.

—¿Algo grave? —preguntó Connie.

—Esta noche me robaron el coche y ya lo han encontrado.

—Es una suerte, ¿no?

—No mucha. Dentro han encontrado dos cuerpos quemados. Por lo visto, el coche ha tenido un accidente y ha ardido.

—Vaya, sí que es mala suerte.

—Me temo que la chica era Liwia...

—¿Liwia?

En aquel momento llamaron al timbre de la puerta. Tony seguía envuelto en su toalla y todavía con el vaso en la mano pidió a Connie:

—¿Puedes abrir?

—Oh, sí, claro. Vas a tenerme que contratar como a tu ama de llaves.

Connie abrió la puerta y se encontró frente al viejo conserje que sujetaba a un perro de lanas negro.

—¿Está míster Karpinsky?

—Sí, ahí lo tiene.

¡Guau, guau!

Capítulo VIII

—VIENES tanto a la Morgue que algún día te van a traer, pero con los pies por delante — rezongó el doctor Aguirre al verle.

—Es posible —señaló a Connie y presentó—: Una colega, se llama Connie. Mi amigo el doctor Aguirre.

Se estrecharon la mano. El médico miró al perro y dijo:

—A éste ya le conozco.

—Sí, y no le gusta que lo deje en otras manos.

—Pues, aquí dentro ya sabes que no puede entrar.

—«Bobby» — interpeló Tony, solemne.

El perro de lanas, negro y grande, le miró muy atento.

—Siéntate.

El animal se dejó caer sobre sus cuartos traseros.

—Y ahora, no te muevas. Si lo haces, te vas a convertir en un perro vagabundo.

«¡Guau!», ladró, en tono de protesta.

Se alejaron y el animal se quedó allí, sentado, agitando nerviosamente su corto rabo como si le costara mucho obedecer la orden recibida.

Cuando el doctor Aguirre abrió los cajones y le mostró los rostros de los cadáveres recogidos dentro del coche siniestrado, Connie tuvo que volver la cabeza y se sintió mareada. El techo parecía que se le fuera a venir encima y que ella cada vez se hallara más cerca del suelo.

Tony Karpinsky semicerró los ojos y respiró hondo.

Aguantó la observación y después, cuando la sábana sudario volvió a cubrir los restos carbonizados, preguntó:

—¿De veras uno de los dos era una mujer?

—Sí, y los dos eran jóvenes. El coche debía llevar fuerte cantidad de gasolina.

—Cierto, había llenado el tanque hacía poco —admitió Tony.

—Han quedado totalmente carbonizados. Es impresionante como cambiamos físicamente si nuestros cuerpos son carbonizados. Desaparecen los cabellos, los músculos se carbonizan. Quedan los huesos, los dientes, pero ya no nos parecemos en nada.

—Creo que soñaré durante muchos días con esos rostros que acabo

de ver.

Tony, debido a su profesión de reportero, había visto muchos cadáveres, pero aquel par de seres carbonizados eran de los más impresionantes. No parecían ni siquiera restos humanos, eran como despojos de seres malignos.

—¿Tienes idea de quiénes pueden ser?

Tardó en responder. Pensó en Liwia, pero prefirió no mentarla. Su desaparición de madrugada había sido voluntaria o forzada, cuando él ya no podía socorrerla debido al estado en que se hallaba.

—No, claro que no.

—¿Te pegaron ellos?

—Pues, no lo sé.

—Parece que te hayan pegado duro una legión de gorilas —opinó el doctor Aguirre—.

¿Te importa que te dé un vistazo?

—Mientras no hundas el bisturí en mi cuerpo para hacerme una disección...

—¿No te fías de mí?

—La verdad, tú siempre estás con esto de abrir cadáveres de arriba a abajo. Manejas tu escalpelo de una forma que escalofría y no quisiera que me abrieras el cráneo para extraerme una porción de sesos.

El doctor Aguirre se lo llevó a su despacho. Connie le acompaña.

—Quítate la ropa.

—¿Toda?

—No, no es necesario, sólo de cintura hacia arriba.

Connie te miró. Tony Karpinsky sonrió con su boca hinchada.

—Te han dado duro, pero parece que no te han roto nada. Si por la noche te cuesta dormir, será mejor que tomes...

—No, gracias. Si no puedo dormir, ya le pediré a Connie que me haga compañía. Seguro que me dormiré tranquilo en su regazo.

La muchacha, sin perder la sonrisa, respondió:

—Si sólo se trata de compañía...

—Estás de suerte, Tony, eres un tipo duro que encaja bien. Otro, en tu lugar, ahora estaría encamado en un hospital. Opino que no te ha pegado el varón que corresponde al cadáver carbonizado y que falta identificar.

—¿Ah, no, por qué? —preguntó Tony, picado en su curiosidad.

—Por la talla y la complexión física que tenía en vida. El tipo que te ha pegado a ti debe medir unos dos metros de altura y pesar alrededor de cien kilos.

El periodista sin empleo le miró perplejo.

—Pareces un vidente, Aguirre. A mí, cuando me atizaba, me pareció

que medía más de dos metros, pero supongo que eso sería lo que medía y cien kilos su peso aproximado.

—He visto muchos cadáveres y he estudiado muy bien cómo reciben los golpes antes de ser asesinados.

—Me siento como un cadáver en plena autopsia. —Se volvió hacia Connie—. Lo mejor es que nos vayamos pronto de aquí o terminaré sobre una de las mesas de mármol.

—Un momento, Tony.

—¿Sí?

—¿Denunciarás los golpes que te han dado?

—No, el otro también recibió. Por cierto, ¿no lo han traído por aquí? Era negro aunque estaba sin carbonizar, y no es humor negro...

Abandonaron la Morgue. El perro les siguió, contento.

Tony se dispuso a viajar en el coche de Connie, conducido por ésta. Era un modelo algo pasado, pero funcionaba bastante bien si se olvidaba que la transmisión picaba un poco.

—¿Conocías a la chica?

—Es posible —admitió Tony Karpinsky, mientras ella le conducía a la estación de policía.

—¿Por qué no lo has dicho?

—No estoy seguro, y sin estarlo no quiero que involucren a nadie en un robo.

—Y menos a una chica que conociste.

—Así es.

—Esa chica, ¿era importante para ti?

—No lo sé. Estoy hecho un lío, investigaba algo y... todo se ha embrollado aún más. No esperaba que aparecieran dos cadáveres carbonizados.

Connie, percatándose de que él le respondía con evasivas prefirió no hacerle más preguntas.

Se personaron en la estación de policía. Allí, Tony Karpinsky mostró sus documentos de propiedad del vehículo siniestrado y dijo dónde se lo habían robado, sin citar la palabra «paraíso».

Dijo que bebió más de la cuenta y se quedó dormido en la playa; que cuando despertó el coche ya no estaba y que le habían robado las llaves, el encendedor y el dinero que llevaba en billetes y monedas.

El policía buscó entre distintos objetos quemados. Pinzó con sus dedos un encendedor y preguntó:

—¿Era éste?

—Es posible. Tenía mis iniciales grabadas y era de plata.

El policía sacó una lupa. Frotó el mechero, lo inspeccionó y dijo:

—Aquí están las iniciales, no cabe duda.

—Por lo visto, el fuego ha sido muy fuerte, porque ha quedado algo deteriorado.

—Habría reventado la ampollita de gas que era metálica. ¿Ha reconocido a las víctimas en la Morgue?

—No —respondió ahora categórico, como afianzado ya en una idea.

—Bien, le daremos el informe policial para su aseguradora.

Tras cumplir los trámites legales, abandonaron la estación de policía. Connie le miró de reojo y preguntó:

—Muy preocupado, ¿verdad?

—Sí. —Le mostró el ojo tallado en madera de ébano e inquirió—: ¿Has visto tú alguna vez esto?

—Sí, sí que lo he visto.

—¿Sí? —insistió, sorprendido por la respuesta, pues en cierto modo esperaba una negativa.

—Sí, una sola vez.

—¿Y dónde lo viste?

—Lo tenía Jimmy.

—¿Jimmy, te refieres a Jimmy Remington?

—Sí.

—¿Estás segura?

—Sí, ya sabes que pasa algún tiempo por la redacción. Lo vi en el cajón de su escritorio, estaba abierto.

—Vaya, eso sí que es una sorpresa. Jimmy Remington no parece ser un joven muy listo. Jamás llegará a ser un zorro de la prensa como su padre.

—Además, es impotente.

—¿Impotente, seguro, lo has comprobado?

—Yo, no, pero...

—Es muy interesante. Oye, ahora vamos a ver a un amigo. El amigo era Mit Breadwell, el padre de la malograda Crissy.

Entraron en el local de la revista y cuando iba a interpelar a Mit Breadwell, se quedó muy sorprendido al descubrir a la secretaria que llevaba en su sangre mezcla de dos razas.

—Liwia.

—Hola, Tony. ¿Cómo te encuentras?

—Creí, creí...

—Estabas dormido. Temí que me pasara algo desagradable y me alejé. Encontré a una amiga y me marché de allí. No te ha molestado que te dejara solo, ¿verdad?

—¿Sabes que me robaron?

—No.

—Pues me robaron lo que llevaba encima y el coche también.

—Lo siento.

—Lo malo es que el coche lo ha encontrado la policía con dos cadáveres carbonizados dentro y temí que uno de ellos fueras tú.

—Pues por suerte no es así.

—Connie, te presento a Liwia. Es la sensualidad de Oriente y América juntas.

—Encantada. Tendrás que darme lecciones, querida.

—No creo que tenga que enseñarte nada, cada una tiene sus sistemas.

—¿Qué es lo que pasa? —rezongó Mit—. No entiendo nada.

—Nada, que Liwia me llevó al paraíso y allí conocimos a un tipo, a un negro alto como de dos metros. Me dio en la boca y también algunos golpes más.

—Ese tipo se llama Hugo.

—¿Hugo, te refieres al hechicero? —preguntó Mit Breadwell.

—¿Hechicero? —inquirió Tony, interesado.

—Sí, en una ocasión les hicimos un reportaje. No le gustó mucho al haitiano.

—¿Es un rastafari? —preguntó Tony.

—No, es un hechicero que practica el vudú, mezclado con religión judeocristiana y otras cosas que él se saca de la manga. Ya sabes, es de los que matan una gallina y cuando al animal todavía temblequea, le chupa la sangre en crudo.

—Qué asco —opinó Connie.

—Es un tipo duro. Me amenazó hasta que le di unos billetes para que se callara.

—¿Tienes el reportaje por ahí? —preguntó Tony Karpinsky.

—Liwia, busca la revista en que sacamos a Hugo, el haitiano.

Liwia buscó en unos estantes donde se hallaban las revistas editadas con anterioridad, a modo de archivo.

—Tú siempre acompañado de mujeres hermosas, ¿eh, Tony? —comentó Mit mientras tanto.

—Sí, tengo esa suerte, pero en cuanto me descuido me golpean. Por cierto, Connie es periodista. —Se volvió hacia ella—. Y esto es una revista que aspira a un futuro.

—Que ya no tendrá porque está cadáver. El jefe de redacción y los otros redactores han desaparecido.

—Es reportera y llegará lejos.

—No lo dudo, pero esta revista está RIP. Sólo quedamos Liwia, yo y los chinos del almacén.

—Aquí está —dijo Liwia.

Le mostraron una revista en cuyo centro había páginas a todo color,

aunque no podía decirse que fuera un color magnífico y la impresión también era mala.

—Este es Hugo —señaló Liwia.

Miró al negro gigante. Llevaba como plumones en la cabeza y en la mano tenía una gallina cogida por las patas, cuyas alas estaban abiertas.

—¿Tú habías tratado con él? —preguntó a Liwia.

—No. Él había querido que yo participara en algunas de sus ceremonias vudús.

—¿Te negaste? —preguntó Connie, interviniendo.

—Sí. Esas ceremonias no son tan divertidas como pueda parecer a muchos. Se pierde el control de todo. Hay drogados, y hombres y mujeres que entran en una histeria convulsiva.

—¿Hacen las ceremonias vudú en el paraíso?

—Algunas, sí, no todas.

Tony Karpinsky se fijó en la fotografía del gigante negro, hechicero de vudú. Tenía varios colgantes sobre su pecho, uno de los cuales destacaba especialmente. A causa de la mala impresión, no se distinguía bien, pero Tony lo reconoció de inmediato: era la talla de madera negra, el ojo sobre una hoja.

Capítulo IX

EL mal humor continuaba en la redacción del *Star San Francisco Newspaper* a consecuencia del despido de Tony Karpinsky.

Había habido protestas delante de la «pecera» y Norman Dereck, el director de redacción, se sentía acosado, molesto y en situación difícil.

Temía una unión dura entre los compañeros de Tony. Si éstos le entregaban los artículos para su publicación en blanco o con una frase repetida hasta mil veces, iba a tener problemas.

Intentó calmar los ánimos.

Con Henry L. Remington, el magnate y patrón del *Star San Francisco*, sólo se había puesto en contacto por teléfono y unos breves instantes, ya que no había aparecido por el edificio del periódico.

Ante sus insistentes llamadas, se le había comunicado que Henry L. Remington se encontraba enfermo y no debía ser molestado.

Connie, la «pantera negra» como solían llamarla sus compañeros, haciendo ondular sus bellas formas femeninas, se atrevió a entrar en la «pecera» mientras los demás observaban desde el otro lado del cristal.

—¿Qué quieres, Connie?

—¿Por qué no readmites a Tony?

—¿Tú también?

—Tony está convencido de que le habéis metido en una lista negra y que se ha de dedicar a la prensa libre, a ser un *free-lance*.

—Nadie le ha metido en una lista negra —replicó el ogro.

—Ha visitado otras redacciones, y pese a lo bueno que es, porque eso está reconocido, no le han dado empleo.

—Hay que tener en cuenta que hay más desempleo y encontrar a un buen profesional en el paro no es tan difícil. No digo que estemos como en el crac del año veintinueve, pero hay mucho desempleo y el que pierde su silla tiene dificultades para reemplazarla por otra. Además, Tony, Karpinsky, desde que murió su esposa, no ha sido el mismo.

—Di mejor que fue asesinada —le puntualizó Connie que conocía la historia por los demás compañeros, pues ella no trabajaba todavía en el *Star San Francisco* cuando el asesinato de Evel, la esposa de Tony Karpinsky, se había producido.

—Bien, fue asesinada. Comprendo que le afectara y mucho, pero aún no se ha repuesto y eso es malo. Le sugerí que visitara a un psiquiatra y

no me hizo caso. En realidad, vaga por la ciudad como un lobo al acecho, deseando cazar al que mató a su esposa. Y como en el fondo se da cuenta de que eso es imposible, se dedica a investigar sobre muertes de mujeres jóvenes.

—Es lógico, ¿no?

—No es lógico. Buscar a los asesinos es tarea de la policía y no de los periodistas.

—La policía no ha encontrado nada, que yo sepa.

—Eso es normal, querida Connie. Aún eres muy novata en el mundo del periodismo. Cuando lleves mucho tiempo machacando las máquinas, los teletipos, pateando las calles, las estaciones de policía, las antenas de los tipos importantes, sabrás que la sociedad en que vivimos dista mucho de ser perfecta. El hombre, y cuando digo hombre me refiero a hombre y mujer, desde que nació en la noche de los tiempos procuró quitarle lo que pudo a su hermano y ponerlo a trabajar para él, y cuando el explotado se rebelaba, había lucha y el que ganaba hacía lo mismo. Ahora tenemos muchas leyes que reglamentan la sociedad y los que quieren hacer daño, que son más de los que quisiéramos todos, lo hacen ocultándose. La policía hace lo que puede y más, y algunos, menos, claro, porque ellos también son hombres, y un buen tanto por ciento de delitos quedan impunes. Eso de que el asesinato siempre se paga es un cuento para asustar y que todos nos portemos bien, porque muchos asesinos consumados mueren en la cama. Ya sabes lo que dijo Rostand.

—Pues no —confesó Connie.

—«Si se mata a un hombre, se es un criminal. Si se mata a millones de hombres, se es un conquistador.»

—De acuerdo, muchos crímenes quedan impunes y los que matan, especialmente durante la guerra, mueren en la cama y con gran veneración, de acuerdo, pero al que le matan a un ser querido tiene derecho a buscar por su cuenta.

—Hay que resignarse y olvidar. Pretender que este mundo perro en que nos toca vivir es justo, es una idiotez. Tratamos de que lo sea, pero no lo es. ¿Crees que me ha gustado tener que despedir a Tony? Pues no, no me ha gustado. Profesionalmente lo considero como a un hijo, es el mejor de toda la redacción, pero hasta a los hijos hay que darles alguna vez una dura lección para que se hagan más fuertes. Y ya está bien, no sé por qué te cuento todo esto a ti, precisamente a ti que eres una novata en la profesión, una simple meritoria a la que queda muchísimo que andar para llegar a ser un reportero como Tony Karpinsky.

—¿De veras ha sido idea tuya lo de despedirle o te lo han ordenado?

—No tengo por qué darte tantas explicaciones, pero te las voy a dar porque sé que te pones en contacto con él.

—No es lo que piensas.

—Lo que sea. Arriba ya no estaban contentos con lo que escribía Tony. Me pidieron que le hiciera rectificar y yo lo intenté, pero no lo he conseguido.

—Y si se recupera, ¿volverás a admitirlo?

—Los que pasan por una guerra, después de ella ya no vuelven a ser los mismos y Tony ha pasado por su guerra particular. Métete en la cabeza que yo sólo soy un empleado aquí, cualquier día me puedan «botar» de esta pecera. Si Tony cambia, yo puedo proponer su readmisión, pero no tengo la última palabra.

—Creí que tenías más autonomía para contratar o despedir.

—La tengo en casos normales, pero no cuando se trata de casos especiales, y si un redactor ha sido ya despedido por intereses impuestos desde «el nido», se convierte en un caso especial. ¿Satisfecha tu curiosidad?

—La verdad, me gusta mucho el periodismo, pero no me gustaría nada tener que sentarme en tu silla. No conseguiría tranquilizar mi conciencia, aunque me esforzara mucho por autoconvencerme de que cumplía con mi deber.

—¡Connie! —bramó.

—¿Sí? —Le miró desafiante, a la cara, poniendo una fría sonrisa en sus labios—, ¿Vas a exigirme que pase por caja para que liquiden mi salario y me busque trabajo en otra parte, convirtiéndome en otra periodista más en al paro?

Dereck, apodado también «el ogro», tragó saliva antes de responder.

Fueron unos instantes duros en que ambos sostuvieron sus miradas. Todo podía decidirse en un instante, todo dependía de las palabras que en aquellos momentos dijera el director de redacción y, al fin, las pronunció.

—Dile a Tony que una noche de éstas quiero cenar con él, que la cosa no se alargue más de una semana. ¿Querrás hacer de intermediaria?

Connie sonrió y aceptó:

—Sí, claro; aunque me cortaran la cabeza como mensajera, lo haría.

Tranquilizada y satisfecha por la entrevista, entrevista que nadie le había pedido, la muchacha abandonó la «pecera». El «ogro» bajó la persiana de lamas de aluminio para que no le vieran desde la amplia redacción donde había otras cabinas también de cristal para los redactores más cualificados.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó uno de los veteranos en la redacción, al tiempo que se acercaban otras dos compañeras.

—Quiere remediar lo de Tony, habrá entrevista privada con él. Creo que todos deberíamos apoyar un poco a Tony, pero también rebajar la

presión sobre el «ogro» hasta que la entrevista se haya celebrado.

—¿Te lo ha pedido él? —le interrogaron.

—No, y no me hagáis más preguntas, que yo sé lo mismo que vosotros.

Se separó de sus compañeros. Connie quería ayudar a Tony, quizá porque le atraía aquel hombre que no se interesaba por ella o por lo menos relativamente, y no en la forma de acoso con que se habían interesado los demás compañeros de redacción que sólo pensaban en llevársela a la cama.

Jimmy era su objetivo. Jimmy, el hijo del magnate de la prensa y accionista mayoritario del *Star San Francisco*, tenía su propia cabina de cristal donde podía aislarse dentro de la redacción como si fuera un profesional de altura.

Entró en la cabina.

Sobre la mesa había dos periódicos y tres revistas, un teléfono rojo y un bote que tenía la forma del edificio del *Star San Francisco* y que sería para contener bolígrafos, y de éstos, los había de diversos colores.

Trató de abrir el cajón central de la mesa escritorio con naturalidad, sin que nadie le llamara la atención. Lo cierto era que estaba a la vista de todos.

—¿Qué buscas?

Se volvió rápidamente y descubrió al joven heredero, aunque la fortuna tuviera que compartirla con su hermano el aviador, pero la esposa de éste era muy capaz de hacerse cargo del periódico si Jimmy demostraba incapacidad para presidir el consejo de administración del mismo.

—Jimmy.

—¿Buscas algo? — insistió él.

—Es que los compañeros me han gastado una broma y me han dicho que... Bueno, no importa, ya lo encontraré.

—¿El qué?

—No importa —repicó ella mientras buscaba en su mente una excusa creíble. Ella también estaba convencida de que Jimmy no era ningún genio en perspicacia.

—Connie, ¿es cierto que te llaman la pantera negra?

—Bah, bromas, ya sabes.

—¿Conoces un local llamado Hunting?

—Es una discoteca, ¿no?

—Sí.

—¿Y?

—¿No te gustaría ir esta noche?

—¿Contigo? —preguntó la muchacha, sonriéndole ampliamente.

—Sí.

—Si acepto, los compañeros dirán que quiero ligarme al hijo del patrón.

—No lo conseguirás. Yo sólo quiero divertirme un poco.

—De acuerdo, pero a esa hora tengo que estar en la redacción. Ya sabes que aquí se empieza a trabajar de firme a partir de las ocho de la noche. Luego tomamos unos *sandwiches* y seguimos pegando duro hasta la madrugada.

—Ya le diré algo a Dereck si pregunta.

—De acuerdo. Como hijo del patrón, tú tienes patente de corso, puedes hacer lo que te venga en gana.

Jimmy miró su reloj y dijo:

—Dentro de dos horas te espero en mi coche abajo en el parking.

—Díselo antes a Dereck, no vaya a despedirme. Como soy novata...

Connie fue a su mesa. Estuvo escribiendo a máquina, pero vigiló a Jimmy de reajo. Cuando pudo, sin llamar la atención, discó unos números en el teléfono.

«Este es el teléfono de Tony Karpinsky. Tiene treinta segundos para grabar su mensaje a partir de la señal. Gracias.»

Apretó los labios, molesta. Hubiera preferido hablar directamente con el propio Tony. Ya no podía estar segura de que lo que ella dejara grabado en la cinta magnética, adosada al teléfono particular de Tony, llegara hasta él en el tiempo adecuado, pero no tenía otra forma de ponerse en contacto.

—Tony, soy Connie. Atiende...

Y dejó su mensaje mientras observaba de reajo a Jimmy, que leía una revista dentro de su cabina de cristal.

Capítulo X

EL médico que había atendido y controlado la enfermedad que padecía míster Henry L. Remington se sentía satisfecho consigo mismo.

El magnate de la prensa había podido abandonar su cámara aislada y se hallaba en el despacho de su propia residencia.

—¿Cree que tendré recaídas?

El médico miró al multimillonario.

—No, no tendrá recaídas si se cuida. El principio de infección que padecía y que podía haber sido funesta para usted, ya está eliminado, pero sigue usted con bajas defensas. La enfermedad que realmente sufre, la AID, o sea, la inmunidad supresora adquirida, sigue siendo fácil pasto para cualquier contagio. Por ello, dos enfermeras que se irán turnando le vigilarán a usted y a cuantas personas se le acerquen para evitar cualquier foco infeccioso, ya me entiende. No se le debe acercar nadie que esté enfermo, por lo menos en un plazo de tiempo digamos largo. Cada dos días le haremos una pequeña transfusión de sangre para mejorársela y dentro de algún tiempo volverá a la normalidad. Le aconsejo que no mantenga usted relaciones sexuales de ningún tipo hasta nueva orden.

—Seguiré sus consejos, y espero que este informe privado no salga de aquí.

—Naturalmente, el primer perjudicado sería yo si la enfermedad de usted trascendiera, porque como médico estoy obligado a informar a las autoridades sanitarias de que usted padece la enfermedad «gay», lo que no quiere decir...

—No hace falta que disimule, tengo la enfermedad de los homosexuales, pero nadie debe saberlo.

—No lo saben ni las enfermeras, a menos que usted lo diga. He falseado todos los datos de los diagnósticos para que ellas no lleguen a sospecharlo. Su misión es realmente profiláctica y de atención vigilada y, como se les paga muy bien, no hacen preguntas inadecuadas. Cuando termine la vigilancia se marcharán de aquí y es preferible que usted no les dé demasiadas confianzas.

—Bien, bien, voy a pagarle.

El médico vio que el magnate de la prensa iba a utilizar un talonario de cheques y le objetó:

—No, no, preferiría en metálico.

—En metálico es mucho dinero —objetó Remington.

—Lo sé, pero a pesar de todo, nadie va a sospechar que llevo el dinero en mi maletín de médico y estoy seguro de que ese dinero lo tiene usted en su caja de caudales personal.

—Es usted muy perspicaz, doctor, piensa en todo.

Henry L. Remington abrió la pequeña caja de caudales adosada a la pared. Sacó varios fajos de billetes, los contó y los puso sobre la mesa.

—Muy bien —aceptó el galeno que se vendía al multimillonario, haciendo caso omiso de las leyes para control de epidemias que regían en el estado.

—Es la enfermedad más cara de mi vida —se lamentó Remington.

El médico abandonó el despacho y entonces entró Sarah, estirada e inquieta a la vez.

—¿Ya estás curado?

—Sí, pero no del todo, he de tomar mis precauciones. No quiero visitas, no quiero a nadie resfriado a mí alrededor.

He de tomar una serie de precauciones, estoy algo bajo de defensas.

—¿De veras era una hepatitis lo que has sufrido?

—¿Por qué tantas preguntas? —replicó, molesto.

—Porque tengo derecho a saber lo que ocurre.

—Sería mejor que te marcharas a Europa por una temporada. Podrías estar allí con tu hermana y así podríais criticarme juntas. Cuando estuvieras saciada, podrías regresar, ya más relajada.

—Eres insoportable, Henry.

La lucecita del dictáfono que tenía sobre la mesa se encendió. Remington pulsó un botón.

—¿Qué sucede? —inquirió.

—El señor Jefferson, investigador privado, desea ser recibido.

—¿Jefferson? ¡Diablos! Vigile que no esté enfermo y que pase. —Miró a su esposa y le dijo—: Será mejor que te retires. Por cierto, ¿dónde anda Jimmy?

—¿Jimmy?

—Sí, Jimmy, me preocupa ese idiota.

—Está en el periódico. ¿No es lo que deseas?

—Sí, y la verdad es que no sé para qué. Si por lo menos mi otro hijo hubiera preferido ser lo que yo soy en vez de aviador... Claro que, su esposa... Debería tener a Kathy más cerca de mí.

—No consentiré que ella se ponga en el sitio que le corresponde a Jimmy.

—Eso soy yo quien ha de decidirlo. Ahora, déjame en paz.

—Eres intratable.

—Te recuerdo que no te conviene pedir el divorcio, saldrías perdiendo y tú siempre has sido una mujer muy pragmática, muy materialista. Después de todo, tampoco puedes quejarte de que te moleste demasiado en la cama.

Sarah deseó replicarle, pero optó por apretar los dientes debajo de los también prietos y arrogantes labios. Se cruzó con Jefferson casi junto a la puerta. Remington, que seguía tras la mesa, le ordenó a Jefferson:

—Siéntese en aquella butaca del fondo.

Jefferson padre miró preocupado la alejada butaca que había en un rincón del amplio despacho. Se encogió de hombros y obedeció, sin quejarse de la distancia que había entre él y el magnate de la prensa.

—Tiene usted una secretaria muy escrutadora, me ha mirado los ojos y la nariz ¿Es médico, acaso?

—Limítese a exponer lo que ha venido a decirme.

—Bueno, bueno... Ha estado usted inasequible durante los últimos días, pero creo que ha llegado el momento de poner algunas cartas boca arriba —dijo el propietario de la pequeña agencia de investigadores privados.

—¿Y?

—¿Recibió mi carta?

—¿Se refiere al recorte de periódico?

—Sí, claro.

—Lamento que asesinaran a uno de los investigadores de su agencia.

—Yo también. Imagino que usted ya habrá atado ciertos cabos.

—¿Qué cabos?

—Bien, si hay que contarlos todo desde un principio, lo haré. Que quede claro que soy un hombre razonable y suelo llegar a acuerdos con mis clientes, en este caso usted, que son beneficiosos para ambas partes.

—Explíquese mejor.

—Despacio, despacio. Le diré que de la investigación del asesinato de Bob Iberson, el hombre que trabajaba en mi agencia como detective, se ocupa el teniente McCougar y este policía G-man es un hombre duro, un perro de presa que está tratando de atar los cabos de la madeja de este asesinato. Estoy seguro de que usted y yo llegaremos a un acuerdo.

Henry L. Remington, que estaba acostumbrado a tratar con la gente, intuyó que iba a tener un mal tropiezo con el investigador privado propietario de una agencia; aquel tipo era casi tan canalla como él.

Capítulo XI

EL propietario de la agencia de compra venta de automóviles estudió los documentos que Tony Karpinsky le había puesto sobre la mesa. Terminó asintiendo con la cabeza para luego decir

—Perfecto. Con esta notificación de la policía, la aseguradora te pagará tu coche por robo y siniestro total del vehículo. Veo que pagueste sin problemas el último recibo.

—Me hace falta un coche.

—De los usados que hay en el almacén, escoge el que prefieras. Cuando la aseguradora te dé el cheque por el valor de tu coche siniestrado, pásate por aquí y escoge un coche nuevo. Seguro que nos entenderemos en el precio y la financiación, y no te voy a cobrar nada por el coche usado que ahora te llesves hasta que compres el nuevo.

Tony Karpinsky aceptó las condiciones del comerciante, al cual ya conocía de anteriores ocasiones, pues solía comprar en su establecimiento los coches que había ido usando en su vida. Pasaron al almacén y se fijó en un Porsche de color amarillo metalizado.

—¿Puedo coger aquél?

—Ejem —carraspeó—, ese coche vale más que uno nuevo de los que puedo venderte.

—Me has dicho que escogiera el que quisiera entre los usados. Pagaré el seguro por el tiempo que lo tenga, y cuando cobre el cheque de la aseguradora, compraré un coche nuevo o éste si llegas a financiármelo asequiblemente.

—De acuerdo, pero te voy a poner una prima alta.

—Pagaré la prima, será por poco tiempo. Reclama tú mismo a la aseguradora, diles que el cliente está ansioso de comprar otro coche.

—Ya les apremiaré. Cuida ase coche; es de segunda mano, pero no es un auto vulgar.

—Seguro que no.

Abandonó el comercio de compra venta de automóviles haciendo roncar el poderoso motor del Porsche. Se sentía bien dentro de aquella máquina europea de alta calidad.

Había quedado citado con Liwia.

Se detuvo frente al almacén en que se refugiaba la revista *Show*, tocó el claxon tres veces y salió la bellísima euroasiática. Cuando ella se

introdujo en el coche, Tony Karpinsky le puntualizó:

—No vamos a ninguna orgía, todavía me duele la boca.

—Menos mal que no te duelen otras cosas —rezongó ella, maliciosa.

—Tú no necesitas un hombre sino un semental inagotable.

—Vaya carro. ¿Te ha costado mucho?

—Nada.

—¿Has ganado a las carreras?

—No, me lo han prestado y espero que no me lo roben también, no quiero más problemas.

Pisó el acelerador y cambió las marchas adecuadamente, cosa nada fácil para un americano medio acostumbrado a que sus coches llevaran el cambio de marchas automático.

Liwia había conseguido los informes que Tony Karpinsky le pidiera. Tras llamar e interrogar a algunas amigas y conocidas, reunió los datos suficientes para llegar a los muelles del norte San Rafael tras cruzar el larguísimo Golden Gate.

—Tiene que ser allá abajo.

Se podían ver embarcaciones de recreo y yates grandes y pequeños, pero no de lujo. Algunos eran pesqueros reformados y otros, viviendas flotantes.

—Dejaremos el coche aquí arriba, no sea cosa que lo pierda. Tú puedes quedarte dentro.

—Prefiero acompañarte.

—Te advierto que no llevo armas.

—Te acompaño igualmente.

—Como quieras, pero si sucede algo desagradable, quizá no pueda evitarlo.

—De acuerdo.

Descendieron a los muelles y se dirigieron al yate de dos palos, un yate bastante viejo, posiblemente construido en el casco de un viejo pesquero y que se llamaba «Vudú».

Aquel lugar parecía poco recomendable. En la popa había una pareja de mestizos tomando el sol.

Entraron en el yate y les salió al paso un hombre fornido, de piel blanca, rapado de cabeza y con un frondoso bigote de largas guías que llegaban a los bordes de su gran mandíbula.

—¿Adónde vais?

—A ver a Hugo —respondió Tony Karpinsky.

—¿Y tú quién eres?

—Soy periodista.

—Es Tony Karpinsky, del *Star San Francisco Newspaper* —dijo Liwia.

Tony no tuvo tiempo de corregirla y luego pensó que era más

oportuno no hacerlo. Aquel tipo les puso la mano plana por delante, mostrándoles la palma y dándoles a entender que aguardaran. Se internó en el yate y luego reapareció.

—Podéis pasar —dijo.

Reconoció de inmediato al negro gigantesco. Tenía mal aspecto, aunque en su rostro de piel oscura no era tan fácil ver los cardenales como en la piel blanca de Tony Karpinsky.

—Nos conocemos, ¿verdad? —dijo Hugo, el negro haitiano, forzando una sonrisa.

—Sí, nos vimos en el paraíso y nos hicimos algunas caricias.

—Creo que es mejor olvidar lo que ocurrió en el paraíso —intervino Liwia.

—¿Qué es lo que quieres, un reportaje? —preguntó Hugo, invitándoles a sentarse con un gesto de su mano.

—Podría ser —respondió Tony Karpinsky.

—Ya me han hecho otros reportajes. Algunos los he cobrado a cinco mil dólares.

—¿Tan bueno eres con el vudú? —rezongó Tony, siguiéndole la corriente en cierto modo. Hugo tenía claros deseos de darse importancia. Por otra parte, no estaba en un nivel alto de agresividad, aunque de vez en cuando miraba lujurioso a la sensual Liwia—, Antes quiero tener datos.

—¿Sobre qué?

—¿Practicar el vudú puro?

—Sí, hay imitadores para tontos ansiosos de excitarse.

—Tú vives de esto, ¿verdad?

—Sí —admitió el negro haitiano—. Yo y mi gente vivimos de esto.

—¿Cobráis a los que asisten a vuestras reuniones?

—Algunas veces —admitió—, pero si lo publicas, yo voy a negarlo.

—De acuerdo. Entonces imagino que tenéis padrinos.

—¿Padrinos?

—Alguien pagará el paraíso, este yate, vuestros gastos.

—De alguna fuente ha de salir el agua que bebemos, ¿no? —respondió Hugo sarcástico y algo cínico.

—¿Tú eres el brujo que tiene por símbolo este ojo?

Tony Karpinsky le mostró la talla de madera y el negro haitiano sonrió.

—Sí, ése es el ojo que lo ve todo sobre la hoja del aguacate que es la virilidad.

—Conque hoja de aguacate, ¿eh?

—Sí. ¿Acaso un aguacate no parece unos testículos? —Se rió Hugo. Mirando a Liwia, silabeó—: ¿No te gustan los aguacates, preciosa? Son

muy alimenticios.

—¿Tú eres el que reparte estos colgantes del ojo que, según tú, lo ve todo?

—Sí.

—¿Y cuándo lo repartes?

—En las ceremonias.

—Hablas de una forma como si no hiciera mucho tiempo que estás en Estados Unidos.

—Sólo hace un par de años que estoy acá.

—¿Quién te arregló los papeles?

—Un buen amigo.

—¿El padrino que os ha traído desde Haití hasta California?

—¿Por qué te interesa tanto saber quién es el «caballo blanco»?

—Porque imagino que es un gran aficionado al vudú.

—Hay muchos blancos que creen en el vudú y que participan en nuestras ceremonias, pero ellos no aparecen en los reportajes porque no se dejan filmar.

—Claro que sí —admitió Hugo.

—¿Y es cierto que los brujos del vudú haitiano sois homosexuales? Hugo soltó una estentórea carcajada. Luego, negó.

—Todos, no, hermano; todos no, pero algunos sí lo son.

—¿Y tú?

—A mí me gustan las hembras, pero si algún turista, en plena ceremonia vudú, está ansioso por tener ciertas experiencias, lo complazco y ya puedes imaginar lo bien que lo pasará a juzgar por mi corpulencia. —Volvió a reírse.

—Entonces, ¿el padrino que te paga es un homosexual aficionado al vudú?

—Oye, esto ya es un interrogatorio en toda regla...

—Me envían del periódico — mintió Tony.

—Bueno, si te manda Remington, es diferente, aunque es extraño que sea él quien te envíe para un reportaje, porque no creo que le guste que se sepa lo tuyo.

—Él no quiere que se mezcle su nombre —respondió Tony en plan de confidencia.

Se dio cuenta de que acababa de encontrar un hilo de la madeja y debía tirar de él con mucho cuidado. Hugo se había tragado que él era un enviado del propio Remington y convenía sonsacarle antes de que descubriera lo contrario.

—Se trata de hacer una cierta publicidad indirecta y para eso se utilizan algunos reportajes. Hace falta que piquen chicas blancas.

—Ah, si es eso, no resulta difícil. Cuando llegan tocadas por la droga,

es fácil meterlas en las ceremonias vudú y allí se pueden utilizar, apenas se enteran.

—Sólo que cuando recuerdan lo sucedido, salen volando por una ventana o se inyectan una sobredosis.

—Bueno, eso puede pasar. Las ceremonias que yo pongo en práctica son fuertes.

—Supongo que primero las lleváis al paraíso y, allí, las seleccionáis.

—¿Te lo ha contado Remington? —preguntó Hugo.

—Los terrenos del paraíso son de Remington, claro.

—Sí, por eso nadie nos molesta.

—¿Y las ceremonias vudú las hacéis aquí? —preguntó, señalando el suelo del propio yate en el que se hallaban.

—¿No te lo ha dicho él?

—Lo que yo sé es lo que le preocupa a Remington —dijo Tony, aventurándose mucho para conseguir averiguar algo importante—. Él está muy preocupado por la enfermedad «gay».

—¿La enfermedad «gay», eso te ha dicho?

—Si la tienes tú, corres un gran riesgo de coger una infección y morirte.

—Yo no tengo esa enfermedad.

—Me han dicho que la tienen homosexuales, algunos hemofílicos y bastantes haitianos, especialmente brujos que chupan la sangre cruda de las gallinas recién sacrificadas.

—No sé de qué me hablas.

—Una de las chicas que estuvo aquí murió por culpa de esa enfermedad. Supongo que tú, en una de tus ceremonias, la copulaste analmente.

—Oye, hermano, ¿a mí qué me cuentas? Yo no me acuerdo, claro que no me acuerdo, a lo mejor fue otro. Aquí no hay orden cuando todos estamos en la ceremonia. —Miró a Liwia y añadió—: Tú estarías bien en una de esas ceremonias. Remington te pagaría generosamente, seguro.

—No, gracias, los placeres prefiero buscármelos yo misma.

—Pues algunas chicas, con tal de que les paguen la droga, aceptan participar en mis ceremonias del ojo que lo ve todo y no se lo pasan nada mal.

—A mí me gustaría sacar fotografías de una de esas ceremonias, aunque vayáis con las caras tapadas —le dijo Tony Karpinsky.

—Remington no querrá, preguntaselo a él.

—Eso haré, se lo preguntaré a él mismo.

Salieron del yate sin problemas. Estando todavía en cubierta, adonde les acompañó el haitiano, Tony Karpinsky le preguntó:

—Los que me robaron el coche y se estrellaron con él, ¿quiénes eran?

—Una pareja de drogadictos que no valían una mierda. Hermano, yo no te robé nada, se lo puedes decir a Remington, y si me hubieras dicho quién eras en el paraíso, no nos hubiéramos acariciado mutuamente. Por cierto, pegas duro.

—Y tú también — le respondió Tony Karpinsky. Regresaron al Porsche. Liwia preguntó:

—¿Has sacado algo de ese brujo hijo de mala madre que humilla a las chicas drogadas para complacer al degenerado ese al que llamáis Remington?

—Sí, he sacado mucho. Ahora ya sé por qué me querían echar del periódico; estaba investigando demasiado sobre las chicas que morían después de haber participado en las aberrantes ceremonias vudú que pagaba Remington y en las cuales el brillante magnate del *Star San Francisco Newspaper* gozaba con las prácticas homosexuales con que le obsequiaba ese brujo haitiano.

Puso el coche en marcha y se alejó de los muelles de San Rafael.

Capítulo XII

CONNIE estaba inquieta, no sabía exactamente por qué, pero estaba inquieta junto a Jimmy Remington, del que se decía sería el heredero del magnate de la prensa. Y aunque se aseguraba que no tenía la capacidad suficiente para decidir los destinos del *Star San Francisco* y las revistas que también editaba la misma empresa, sería igualmente propietario de la fortuna y tendría capacidad de decisión.

Por ello, a una periodista joven y hermosa, sin más fortuna que su talento y belleza, podía parecerle que gozar de la amistad de Jimmy Remington podía significar el triunfo seguro.

Jimmy había sacado a Connie de la redacción. Él podía hacerlo todo, el ogro no se atrevía a decirle nada. El patrón era el padre del idiota; por si fuera poco, si el patrón moña, el idiota sería el propietario y nadie quería quedarse sin empleo.

Hunting era una discoteca que funcionaba con éxito diariamente; no era un local para viernes o sábado noche.

A diario acudía gente de lo más estafalario, allí no parecía haber veto para nada. Era probable que los G-men de la zona cobraran su soborno para no molestar excesivamente.

Connie vio a una chica que llevaba chaquetilla abierta, no utilizaba sujetador y, según los movimientos, asomaban los pezones.

Un tipo acariciaba las partes altas de los muslos de una muchacha que reía contenidamente y así, muchas otras situaciones similares.

Se bailaba bajo una música estridente mientras las luces psicodélicas castigaban las retinas. El día siguiente, no serían poco los que sufrieran resaca cerebral.

Jimmy se puso a bailar con un frenesí que sorprendió a la propia Connie, que siempre lo había visto en la redacción con aire taciturno, dentro de un aspecto de permanente estupidez.

Inmerso en la vibrante música, protegido por una oscuridad bombardeada por fogonazos polícromos, se sentía como a salvo de miradas inquisitivas. Todo parecía irreal, una pesadilla inconexa.

A Jimmy se le había caído la mandíbula y babeaba mientras tenía sacudidas de cuerpo y extremidades, como si recibiera calambrazos eléctricos, los mismos que provocaban los fogonazos controlados por un micro-computador para que los asistentes a la sala no pudieran

averiguar de qué lado y en qué momento iba a llegarles el fogonazo verde, amarillo, azul, rojo o blanco, siempre cegadores, que se incrustaban en las retinas, incapaces de protegerse a tiempo con los párpados y que a través de los nervios ópticos pasaban dolorosamente al cerebro sobreexcitado.

Connie quería ayudar a Tony Karpinsky. Jimmy tenía uno de aquellos ojos tallados en madera de ébano y su idea era interrogarlo cuando se pusiera más asequible.

La joven periodista danzó también.

Le sirvieron bebida y la tomó en períodos de descanso, entre pieza y pieza musical. Lo que no supo es que a Jimmy le bastó un movimiento de su mano para que le cargaran el vaso con algo que fue anulando sus defensas racionales.

—No te pongas pesado, Jimmy —le pidió sin demasiada fuerza.

La propia Connie se sorprendió al sentir las excitantes sensaciones de su propio sexo, por ello rechazaba a Jimmy que, sobreexcitado, trataba de acariciarla de forma torpe y descarada.

La joven trataba de no perder el total dominio sobre sí misma. Hacía calor, mucho calor, o por lo menos así lo sentía ella. Sudaba, pero aún sudaba más Jimmy, que parecía un perro encelado.

Mientras gruñía cosas ininteligibles, obscenidades aberrantes, sus manos no estaban quietas. Connie trataba de quitárselas de encima, pues parecí un pulpo hambriento que no estaba dispuesto a perder su presa.

Connie no era ninguna niña inexperta. Sabía lo suficiente de hombres como para percatarse de que la excitación de Jimmy sólo era parcial. Algo no funcionaba plenamente en Jimmy, que pasaba de la excitación sexual a una profunda irritación.

Habían danzado, estaba sudado, había bebido y tratado de sobarla con torpeza de inerte.

—¿Por qué no nos vamos? —pidió más que preguntó Connie.

Jimmy estaba cambiado. Había pasado por distintos trances de excitación desde el momento en que llegaron con el coche a la discoteca Hunting. Era como si hubiera cobrado conciencia de un fracaso, pero no estaba hundido, en su mente había algo más.

—Está bien, vámonos —aceptó Jimmy.

Connie respiró, tenía deseos de escapar sin causar una situación violenta.

Salieron del local, afuera hacía una temperatura más agradable. La mujer respiró hondo.

Era ya muy tarde. Jimmy iba como taciturno, se metió en el coche. Connie hubiera deseado tener allí su propio coche para marcharse sola, pero no lo tenía estacionado en aquel lugar y tampoco se veía ningún taxi, por lo que se resignó a subir en el coche de Jimmy, pidiéndole:

—Llévame a la redacción.

Jimmy le dio al contacto excesivamente, el coche produjo unos ruidos desagradables.

Hundió el acelerador y el vehículo casi saltó del estacionamiento. Connie quiso protestar pero se contuvo.

Jimmy condujo a una velocidad excesiva, suicida, pensó la joven al ver como tomaba algunas curvas haciendo chirriar los neumáticos y casi rozando a otros coches estacionados en la calle.

Pronto se dio cuenta de que el camino escogido por Jimmy no era el que conducía al edificio del *Star San Francisco Newspaper*.

Llegaron a un lugar despejado, sin luces. Las farolas encendidas se veían lejanas. Aquello era un polígono industrial en construcción que Connie no había visto jamás con anterioridad y, al comprobar que Jimmy se estacionaba, comenzó a preocuparse.

A su lado, Jimmy apoyó la cabeza en el volante. Sin mirarla, le pidió:

—Anda, sal del coche.

—¿Salir aquí? Si no hay nadie, ni luces. No tengo coche y aquí no pasan taxis.

—Sal te he dicho —insistió Jimmy con voz ronca, sin mirarla.

—¿Qué te pasa, te encuentras mal?

—¡No soy un homosexual, no soy un maricón, no lo soy! —gritó, dando puñetazos sobre el volante.

—Nadie te ha dicho que lo seas.

—¡Mi padre sí lo es, yo lo he visto con el maldito negro, lo es!

—En todo caso, habrá tenido alguna aberración, porque él está casado y tiene hijos.

—Pero no le gusta mi madre. Él es el que paga las ceremonias vudú que son un camelo; lo que él quiere son orgías a su manera, pero yo, yo no quiero ser como él.

—Bueno, pues no lo eres. Tranquilízate, Jimmy. Encontrarás a una chica que te guste y...

—¡No, noooo! —La miró. Sus ojos estaban encendidos como los de un loco en su peor momento de violencia—, ¡Lo he intentado mil veces, las mujeres os habéis raído de mí!

—Yo, no — le dijo Connie.

—Tú eres una zorra como todas. ¡Yo quise acostarme con mujeres por las buenas y no conseguí, no conseguí...!

Connie se daba cuenta de que Jimmy era un impotente. Pese a sus violentos deseos, no conseguía la potencia sexual necesaria para consumir un coito.

—He tratado de violar y tampoco he podido.

—Poniéndote en manos de un psicólogo, de un sexólogo, creo que

podrás conseguirlo. Eres un muchacho sano.

Connie comenzó a saber lo que era el miedo. Estaba junto a un loco impotente que podía reaccionar de la forma más insólita y peligrosa.

—Olvídate de tu padre y recupera tu...

—¡Fuera, fuera, fuera del coche!

La empujó, obligándola a salir. El también salió y antes de que la muchacha pudiera evitarlo, le rasgó las ropas. Connie echó a correr, temió que la golpeará, ya que Jimmy estaba incapacitado para violarla físicamente.

Jimmy retornó al interior del coche y puso el motor en marcha. Encendió las luces largas y maniobró con el vehículo hasta enfocarla a ella.

Connie recordó entonces lo que le habían contado sobre la muerte de Evel, la esposa de Tony Karpinsky, y de otras mujeres que habían sido atropelladas salvajemente en la soledad de la noche.

Comenzó a correr.

El coche se le vino encima a gran velocidad y la muchacha tuvo la presencia de ánimo para girar sobre sí misma y evitar ser arrollada, pero las ruedas pasaron rozando su cabeza.

A corta distancia, el coche giró bruscamente en medio de feroces chirridos. Connie se incorporó, tenía que correr, correr...

Apareció otro coche con los faros encendidos y tocando fuertemente el claxon. Arremetió contra el coche de Jimmy, desviándolo cuando iba a arrollar a Connie que huía gritando desesperadamente.

Se entabló un duelo entre los dos automóviles en medio de la noche.

Jimmy se vio perseguido y trató de huir. El coche que había salido en ayuda de Connie se detuvo cuando apareció un tercer coche que fue en persecución de Jimmy.

—¡Connie! ¿Estás bien?

—Tony, Tony, está loco, loco, es un impotente enloquecido, seguro que fue él quien asesinó a tu mujer...

—¿El?

A lo lejos, en la noche, un coche saltó desde lo alto de un puente y cayó al vacío. Al chocar contra el asfalto de la autopista, estalló cuando un camión se le venía encima. Este pasó por encima de la chatarra encendida.

Connie, sollozante y temblorosa, comenzó a decir:

—Me ha contado que su padre, Remington, es un homosexual que...

—Que preparaba orgías utilizando a desgraciadas drogadictas.

—¿Lo sabías?

—Lo he averiguado hoy.

El coche que había salido tras Jimmy regresó junto a ellos. Asomó la

cabeza de un hombre joven que preguntó:

—¿Están bien? Soy Jefferson-junior, de la agencia de investigadores privados Jefferson.

—Ah, sí, conozco a tu padre —le respondió Tony. —Dime, ¿fue ese loco quien asesinó a Bob Iberson?

—¿A Bob? Pues posiblemente, porque yo lo dejé vigilando a ese Jimmy Remington.

—Bueno, creo que el destino ya le ha castigado. ¿O ha sido él quien se ha lanzado al vacío?

—Ha sido él, se ha visto acorralado.

—Se lo contaremos todo al teniente McCougar —dijo Tony Karpinsky.

Una semana más tarde, la revista F6Show vendió más ejemplares juntos que a lo largo de toda su corta existencia. Tony Karpinsky relató con pelos, detalles, documentos y testimonios la verdadera vida de Henry L. Remington, pese a que sabía que ya nadie le iba a dar un empleo fijo.

A partir de aquel día, no se consideró un periodista en el paro si no un *free— lance* libre de vender sus reportajes al mejor postor. Connie se asoció con él y no se separaron, especialmente en las cálidas y gozosas horas nocturnas, sobre una acogedora cama.

F I N

PUNTO

ROJO

intriga...

**PUNTO
ROJO**

ROJO

misterio...

ROJO

suspense...

ROJO

acción...

ROJO



9 788402 025135

11736



**EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.**



PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.

Impreso en España